

CORRESPONDENCIA

EMUY (China)

Fundación de la Misión de Hui-Oa.—Últimos momentos del Ilmo. Sr. Chinchón.—Conversión y bautismo de familias chinas.

El Rdo. P. Juan Giralt, O. P., escribe desde Emuy á su Padre Provincial el 20 de Mayo de 1893:

Por vía de introducción le participo que, durante los cuatro meses que residí en Emuy el año 1891, hice dos excursiones á los pueblos de neófitos y catecúmenos cercanos al puerto, y en la segunda tuve la satisfacción de poder administrar el santo Bautismo á catorce adultos y doce párvulos.

A fines del 91 se presentaron cuatro catecúmenos de Hui-Oa al señor Vicario apostólico, quienes le contaron cómo por no haber querido contribuir con dinero á las supersticiones de los gentiles, éstos fueron á la plaza, tocaron el bombo y llamaron al pueblo para destruir la casa de los catecúmenos y robarles unas cien cargas de sal que tenían para vender. Averiguada la verdad del caso procuró el Ilmo. Sr. Chinchón, por medio del señor Cónsul y los mandarines, arreglar el negocio como se pudo.

Mas no satisfechos estos chinos, dijeron al señor Obispo:

—Nos habéis enseñado á adorar á un solo Dios y á no adorar los ídolos, ya hace cuatro años, y ahora nos dejáis sin Padre y hasta sin catequista: si ayudamos á las fiestas de los paganos, sabemos que pecamos; y si no ayudamos, nos persiguen sin piedad, y no hay quien nos proteja. Suplicamos al Abuelo-Señor de la Religión (1) que nos mande otro Padre y catequista, pues estamos á tres días de distancia, como ovejas errantes sin pastor, hechos el ludibrio de los paganos y de los herejes.

Tenían razón; y por esto el señor Vicario apostólico los consoló y les prometió que, si de veras querían con-

tinuar en la fe que ya conocían, tendrían catequista y no les faltaría Padre misionero, al menos algunas temporadas del año.

Me llamó el señor Vicario apostólico, y me suplicó que, pues era necesario, pasase una temporada entre aquellos catecúmenos, para observar qué espíritu reinaba entre ellos, y en qué disposiciones se encontraban, para continuar cuidándolos en caso de que me infundieran buenas esperanzas, ó desengaños por completo en caso contrario.

El día 3 de Enero del 92 emprendí la marcha para Hui-Oa acompañado de un catequista y un sirviente, decidido á no perder en balde el dinero y el trabajo que cuesta un viaje á aquella tierra desolada, y hacer una verdadera prueba del espíritu de aquellos catecúmenos: así que al día siguiente les dije terminantemente:

—Ya véis con cuánta dificultad venimos aquí: es necesario que si queréis ser católicos sea puramente por fines superiores, no por fines terrenos: yo ahora estaré un mes entre vosotros; venid todos los días á Misa, y después de ella os predicaré un rato, y el catequista os explicará la doctrina otro rato; por la noche volved al rezo del Santo Rosario, y acabado haremos lo mismo que por la mañana.

Así lo dije, y así lo cumplieron ellos y nosotros. Los días ordinarios asistían de treinta á cuarenta, que eran del mismo pueblo, y los domingos, que venían de los pueblos cerca-

nos, se reunían hasta más de ciento. Esto pasaba en una de las capillas de Hui-Oa, porque á hora y media hay otra, ó sea un casucho que sirve de capilla, en que pasaba lo mismo que en la primera; de modo que de las reliquias de la Misión del P. Ontoria (Q. E. P. D.) todavía encontré unos 250 catecúmenos; de ellos, 40 que ya se podían bautizar, aunque no lo hice porque este primer viaje fué sólo de exploración, y era necesario cerciorarse bien si la firmeza y constancia en la fe serían, á pesar de los trabajos y persecuciones que pudieran sobrevenirles, cual podía uno prometerse del fervor y entusiasmo con que mostraban recibirla.



ILMO. SR. D. FR. FRANCISCO SAENZ DE URTURI, de la Orden de San Francisco, obispo de Badajoz. (Pág. 213)

(1) El Obispo.

Todo iba bien, hasta que á los veinte días de estar allí, probé á ver si podría lograr que los gentiles dieran una satisfacción á los catecúmenos, resarciéndoles parte de los daños que hacía un año les habían causado. Esto me costó serios disgustos, cuya relación omito por no alargarme demasiado. Sólo diré que acudí al mandarín para que obligara á los gentiles á reparar los perjuicios que habían causado á los catecúmenos, y que habiéndolo sabido aquéllos, se alborotaron de tal modo, que un domingo vinieron á cercar la capilla durante la Misa, para prender á sus acusadores cuando salieran. Yo entonces pensé terminar el negocio cuanto antes y del mejor modo posible, pues aquello se iba complicando de tal modo que hubiéramos tenido disgustos para muchos años. Viendo yo que los catecúmenos no se atrevían á salir, y que los gentiles perseveraban tres y cuatro horas rodeando la casa, me dirigí al principal de la cuadrilla, y después de haberle requerido qué era lo que querían, y haberme dado con mucha mesura sus explicaciones, convine con él en que yo retiraría la acusación que contra ellos se había hecho, si cumplían tres condiciones que les iba á imponer: 1.^a que en el acto se marcharan todos á sus casas: 2.^a que en ninguna otra ocasión, aunque no estuviera el Padre, trataran de hacer el menor daño á aquellos catecúmenos, y 3.^a que no pidieran más dinero á los cristianos para hacer supersticiones. Con el miedo que tenían de que fuera el mandarín con soldados, todo lo prometieron, y lo han cumplido hasta el día de hoy: gracias sean dadas á Dios, que dispone y ordena todas las cosas con inquebrantable firmeza y suavidad suma, para el logro de sus altos y misericordiosos designios.

Este arreglo fué también la piedra de toque para conocer quiénes eran los llamados y quiénes serían más tarde los escogidos para el bautismo; pues mientras á unos les desagradó tanto que el Padre no hubiera aplastado á los gentiles, que llegaron á amenazar con dejar la Religión; otros, incluso los que con justicia podían exigir alguna reparación de los gentiles, se quedaron contentos con lo que el Padre había resuelto, porque así se evitaban mayores males y lograban la paz, que era lo que ellos más deseaban.

A los pocos días de sucedido esto, me volví para Emuy, sin despedirme de los protervos, pero no ocultando mi salida á los catecúmenos de buena voluntad, quienes con sus mujeres é hijos llorando y puestos de rodillas, me suplicaban no volviéramos á abandonarlos, diciendo al mismo tiempo estas terminantes y sentidas palabras:

—Si el Padre vuelve, nosotros iremos al cielo; y si el Padre no quiere volver, de seguro iremos al infierno.

Los consolé previniéndoles que volvería pronto, porque iba á dar cuenta al señor Obispo de sus deseos, y que él dispondría lo que fuera más conveniente.

Llegué, pues, á Emuy el 10 de Febrero; di cuenta al señor Vicario apostólico de mi expedición, y de todo lo bueno y malo que había observado, y le dije que, según mi humilde parecer, no se podía abandonar aquella Misión. Hay que notar que por aquellas tierras están los protestantes evangelizando hace ya más de

veinticuatro años, y que muchos de sus prosélitos se pasan á nosotros cuando oyen hablar de la Religión católica.

Convencido el señor Obispo de que no se podía abandonar aquella Misión, advertí á S. S. que había necesidad de hacer algunos gastos, á medida que se fueran convirtiendo de veras, y que urgía cuanto antes levantar una habitación para pasar el Padre misionero alguna temporada en una de las dos capillas; pues estaba en ella alojado el misionero con tanta estrechez, que no podía vivir en ella más de dos ó tres días. Así es que á los dos meses despachó un catequista para aquel lugar, con la comisión de levantar un pequeño aposento y conservar el espíritu de aquellos catecúmenos.

Por aquel entonces salí á la administración de Cuarema cerca de Emuy, y habiendo caído gravemente enfermo de una bronquitis, me llevaron á la casa de Emuy, en donde la enfermedad siguió su curso; gracias á Dios y á la fiel asistencia del doctor europeo y al Padre Cañal, que se esmeró en cuidarme como un verdadero hermano, salí del peligro con admiración del mismo Doctor.

El domingo de Pascua de Resurrección, haciendo un poco de esfuerzo, pude bajar á la iglesia para recibir la bendición del Santísimo Sacramento, que daba el ilustrísimo Sr. Chinchón; y aquellas mismas fiestas y alegría, ó sea el cansancio que le produjeron, tan quebrantada como estaba ya su salud, parece fué, según posteriormente dijo el médico, la causa inmediata que determinó la última enfermedad de nuestro buen señor Obispo, que nos lo llevó al sepulcro á los quince días justos de la Pascua, por la madrugada. Padebió mucho nuestro señor Obispo los ocho ó diez días que estuvo enfermo, con mucha paciencia, invocando continuamente á la Virgen de los Dolores. La antevíspera de su muerte le apliqué la Misa en su oratorio, para que Dios Nuestro Señor le diera lo que más conviniera, y paciencia para sobrellevar aquellos dolores. El domingo se la aplicaba el P. Cañal en el mismo lugar y con la misma intención, y estando el Padre á la mitad de la Misa, empezó á entrar el ilustrísimo enfermo en la agonía estando yo á su lado asistiéndole, y al llegar al último Evangelio entregó su alma al Criador en la madrugada del día 1.^o de Mayo de 1892, habiendo antes recibido con mucha devoción todos los Santos Sacramentos. ¡Descanse en paz el mansísimo y bondadosísimo Prelado!

Ya ha pasado un año y dos meses desde que ocurrió tan triste suceso, y podemos ciertamente creer que el Sr. Chinchón estará en el cielo gozando de Dios y siendo nuestro abogado para esta Misión, como lo merecían sus virtudes, que bien darían materia para un gran volumen, si hubiera tiempo para entretenerse en tan sabrosa materia.

Fué verdadero padre de los misioneros por la caridad y dulzura con que nos trataba y avisaba, y fué también verdadero siervo de los siervos de Dios por la exquisita humildad con que escribía y hablaba á los misioneros y cristianos; á los superiores de la Orden les escribía con igual respeto que si fuera él un simple sacerdote, como V. R. tendrá pruebas de ello. Su celo

por la limpieza del templo, por las cosas tocantes al divino servicio, y por la observancia de las leyes que la Iglesia tiene establecidas para el culto, y para la administración de Sacramentos, casi era extremado, si extremos ó demasías puede haber en lo tocante al servicio del Sumo Bien. En lo que nos dejó un ejemplo raro y muy particular, fué en el gran cuidado que tenía al hablar en no ofender á Dios ni al prójimo. Jamás salió de su boca palabra áspera ni dura: jamás sonrojó al que estaba con él hablando; de los ausentes procuraba no hablar jamás cosa que pudiera desacreditarles: si alguna vez como superior tenía que hablar ó consultar sobre los ausentes, lo hacía sólo con quien debía y de modo que nadie lo pudiera oír. Como los chinos apenas tienen secretos, más de una vez vi al Sr. Chinchón mandar que se retiraran los demás, cuando advertía que uno de ellos empezaba á contar alguna historia desagradable delante de todos. Sería cosa de nunca acabar, si quisiera en esta carta probar que no en vano llevaba el nombre de religioso y de obispo.

Pagados estos deberes de gratitud y justicia, me es necesario continuar la relación del desenvolvimiento de la Misión de Hui-Oa, para poder dar una exacta idea de todo.

Quedamos antes en que, según la disposición del difunto señor Obispo, se volvió á mandar catequista á aquella tierra desolada, y en que el misionero iría algunas temporadas hasta que, si se podían ir bautizando, más tarde se hiciera una residencia y una iglesia. Volví, pues, á visitar aquella famosa cristiandad naciente el día 3 de Noviembre del mismo 92. Fui directamente á la capilla del pueblo llamado Au-ken, á donde el catequista había ido á edificar la vivienda para el Padre. Estuve en aquel pueblo catorce días; desde este punto fui á visitar al mandarín de la ciudad, que dista dos horas de dicho pueblo, para suplicarle que protegiese á los cristianos, el cual me trató muy bien y cumplió todo lo que prometió. Al fin de mi estancia en dicho pueblo, viendo que perseveraban en los mismos sentimientos y no había ningún obstáculo para el bautismo, se lo administré con gusto á cuatro individuos de una misma familia, que vive al lado de la pobre casita que sirve de capilla y que es de ellos. Empecé, pues, á bautizar á pocos, suficientemente instruidos, después de seis ó siete años de catecumenato, y todos de una misma familia.

Después de catorce días me trasladé al pueblo llamado Chiong-Chu, en el que tenemos otra capilla, donde hay mayor número de catecúmenos, y se empezó antes á evangelizar. Tenía pocas ganas de ir á hospedarme mucho tiempo en aquella capilla, porque los catecúmenos de este pueblo son de mala catadura, siendo el mismo dueño de dicha capilla el más tramposo de todos, y el que hizo padecer mucho al P. Ontoria (R. I. P.); pero como las mujeres no iban á aquella capilla, quería explorar si entre tantos catecúmenos habría alguna familia entera que se pudiera bautizar; pues es muy peligroso dar este Sacramento á sólo uno que otro individuo, quedando los demás de la familia gentiles. A este fin pregunté á dos catecúmenos hermanos casados y con familia, si podría hospedarme dos ó tres días en su casa, y se podría preparar un lugar un poco decente en

el que se pudiera celebrar el Santo Sacrificio. Me contestaron que con mucho gusto ellos y toda la familia me recibirían, y que sentirían sumo gozo en ver su casa de repente transformada en iglesia, añadiendo las mismas palabras de Zaqueo: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*: «Padre, mi casa no vale nada, pero se preparará del mejor modo posible.» Conocida la disposición de ánimo de los dos hermanos y de toda su familia, fui á hospedarme en aquella casa escogida por Dios, previendo el fruto que de esta resolución reportaría, pues ya esperaba lo que mis ojos vieron y mis oídos oyeron; si bien, gracias sean dadas al Dador de todo bien, aquello superó á mis esperanzas. Nada ó muy poco de aparato exterior; nada de negocios de mundo; todo interior, todo realidad, todo efectos de la gracia del Espíritu Santo. Por la noche toda la familia se reunió á rezar en el oratorio que habíamos improvisado: serían unos cuarenta entre adultos y pequeños, hombres y mujeres, todos parientes. Después del rezo del Rosario les prediqué un poco; luego examiné sobre la doctrina y el rezo á los que me parecía estaban ya maduros para el bautismo. Por la mañana oyeron la Misa, con mucha devoción y alegría; y lo mismo los tres días que estuve en aquella casa. Esta es la familia que me despidió con tan conmovedoras frases cuando estuve en Hui-Oa la primera vez: los dos hermanos, que son un poco más entendidos, me habían prometido enseñar á las mujeres y niños que no podían ir á la capilla común; y así lo han cumplido. Pues me sorprendió al ver que sabían rezar con tanta devoción, y que respondían bien á lo más necesario de la doctrina. Cuando me retiraba á mi cuarto, rebosaba mi corazón de alegría al oír que todavía continuaban ellos solos aprendiendo la doctrina. Los maridos tocaban dos instrumentos musicales, y las mujeres é hijos iban recitando semitonado el *Padre nuestro*, el *Ave Maria*, el *Credo*, los Mandamientos, la Confesión general, etc., etc., hasta media noche. Al ver esto yo no podía menos de levantar repetidas veces mi corazón á Dios y decirle: Bendito seáis, Dios mío, que así nos consoláis por los trabajos pasados; sin duda vuestro Espíritu es el que está dentro de esta familia iluminándola, porque nada podemos hacer nosotros.

Al tercero día, viendo que la mayor parte de la familia, que como he dicho antes se compendría de unas cuarenta personas, estaba bastante instruida, que me pedían, con muchas instancias, el Bautismo, y que no había ningún otro impedimento, me resolví á bautizar á cinco hombres, cinco mujeres y seis párvulos, dejando á los demás tristes porque no los bautizaba, á quienes consolé diciendo que se instruyeran un poco más, y cuando el Padre misionero volviera los bautizaría.

Al día siguiente ya hubo un matrimonio, pues que una de las bautizadas era prometida, según la costumbre de muchos sinenses. Me dijeron que al fin del año chino tenían que celebrar el enlace y hacer la fiesta de mundo, y como el misionero no estaría entonces, me pidieron sus padres que bendijera el matrimonio antes. Después de averiguar si tenían impedimento alguno, y hallando que no, pasé á instruirles un poco más sobre este Sacramento, y luego ordené á sus padres que los novios se fueran á vestir con el vestido nupcial; y des-

pués vinieran á celebrar el Sacramento en presencia del sacerdote y dos testigos, según manda el Ritual Romano. Luego me despedí para ir á la capilla común del pueblo, de donde me llamaban ya, y sospechaban con razón que no les quería mucho; pero no teniendo iglesia ni casa propia todavía, no había más remedio que ir á pasar algunos días, ya para conservar su espíritu, ya para recoger el fruto que se pudiera.

Fuí, pues, á pasar ocho días en la capilla común y primitiva. El dueño de la capilla y su esposa tienen dos hijos adultos muy instruidos en el rezo y doctrina católica; tanto, que de uno de ellos espero poder valerme para catequista. Estos dos jóvenes me pidieron con muchas instancias el santo Bautismo las dos veces que fuí á Hui-Oa, y esta segunda vez no me fué posible negarme á sus justos deseos.

Tenemos, pues, ya, veintidós cristianos en Hui-Oa, y cuando vuelva otra vez se podrá bautizar otra tercera parte de la familia de que he hablado antes; y un poco más tarde los restantes con algunos vecinos suyos, que se arrimaron los tres días que estuve con dicha familia; quienes al ver la alegría que en todos reinaba, empezaron á querer aprender doctrina, y sé que continúan aprendiendo por la bondad y verdad de la doctrina, no por negocios, que es la peste de este siglo.

Cuando llegué á Emuy di cuenta de esta mi segunda expedición al muy reverendo Provicario apostólico, y del terreno que me había parecido á propósito para edificar la residencia é iglesia; y como nuestro Vicario provincial abunda en las mismas ideas en que abundaba el difunto señor Obispo, al fin concedió que se comprara aquel terreno. A estas horas está ya comprado; y se puede edificar en él una residencia y una iglesia. Costó 180 pesos, mas 16 id., en gastos de intermediarios, etc., etc. La familia, frente á la cual se piensa edificar, ha contribuido con una limosna de cincuenta pesos para el terreno, y cuando llegue el tiempo veremos si pueden contribuir con algo todos los catecúmenos.

Cuando me dirigía á Hui-Oa, á dos jornadas de Emuy, me paré en un mercado, y de entre la multitud de curiosos que me rodeaban empezó uno á interrogarme en español; por lo que yo le pregunté si había estado en Manila, á lo que contestó que sí. Le pregunté de nuevo si era cristiano, y contestó afirmativamente.

—A ver, haz la señal de la cruz, le dije; y la hizo, aunque no muy bien.

Entonces le pregunté si se había casado en Filipinas; dijo que sí.

—¿Has traído la india aquí?

—Sí, Padre, me contestó.

—¿Y aquí te has vuelto á casar?

—No, Padre.

—¿Tienes algún niño de la india y nacido aquí sin bautizar?

—Sí, Padre.

—¿Hay inconveniente en que os lo bautice?

—No, Padre; venga V. á mi casa que está cerca; allí está la señora.

—Fuí, pues, aprisa á su casa, porque me faltaba todavía mucho que andar hasta encontrar posada, y encontré á la señora; pero ¡qué señora! una india descalza y vestida como la más pobre china. La pregunté si

quería que le bautizara la criatura, y me dijo que se alegraba mucho, y que le pusiera por nombre Antonio. Siendo el padre y la madre de la criatura cristianos, me pareció mejor bautizarla que dejarlo de hacer, aunque viven en medio de gentiles y á dos días de distancia de donde tenemos iglesia, pues si llega al uso de razón ellos pueden y deben educarla. Después de bautizado el niño y de haberles dado algunos consejos, me despedí. Este chino joven, aunque sabía hacer la señal de la cruz, no sabía ó no se acordaba ya de rezos ni doctrina, ni en español ni en chino. ¡Pobres indias! ¡cómo se dejan engañar de los chinos! Hace pocos días, en otro pueblo vi otra filipina en la puerta, y no me dejaron ni hablarle, porque la tenían como esclava de la mujer del país del chino, y hecha una gentil. ¿Cuándo se podrá lograr que no vengan las indias á China?

He terminado la relación, demasiado larga ya. Sólo me resta hacer observar á V. R. que, si podemos plantar en Hui-Oa una residencia formal con dos Padres misioneros, á causa de la gran distancia de Emuy y también porque hay campo para trabajar dos, pronto estableceríamos una Misión en la populosa y memorable ciudad de Chuan-Cheu, en donde antiguamente nuestros Padres tuvieron iglesia formal, de la que los chinos todavía conservan algunos recuerdos. Dicen que en un fano se conserva una cruz tapiada dentro de una pared. Chuan-Cheu dista un día corto de Hui-Oa yendo hacia Emuy.

Supongo sabrá V. R. que, ocho días antes que el Ilmo. Sr. Chinchón, falleció el muy digno sacerdote indígena, Antonio Ly, á quien V. R. conoció y oyó predicar en Kang-bõe.

Sin duda el Rosario perpetuo establecido en este vicariato del Sur, y las oraciones de nuestras Hermanas Religiosas, van haciendo el oficio de Moisés en la montaña, mientras nosotros, pobres soldados de Cristo, salimos á fuera á pelear con la espada de la divina palabra, contra los gentiles idólatras, contra los herejes corruptores de la sana doctrina, y contra todos los vicios y errores en que viven de ordinario estas desgraciadas gentes en su mayoría, que aun no conocen al verdadero Dios.

FORMOSA

Estado de la vicaría provincial de Formosa ó Tai-Wan

El Rdo. P. Ramón Colomer, O. P., escribe desde Formosa el 10 de Marzo de 1893 al Padre Provincial:

DESDE Febrero de 1891 me hallo en la residencia de Ban-kim-chug, donde estuve en 1866 y los tres años siguientes. Apenas conocía alguno después de veinte años de separación, y hallé muertos la mitad de los que dejé; los demás fueron bautizados después. Son casi todos naturales de la isla, á los cuales poco á poco se les van pegando los vicios de sus dominadores los chinos. Mas no se observa en ellos tanto arraigo en la idolatría y creencias supersticiosas, tanta doblez y falsedad en sus palabras y en sus corazones, ni se oyen entre ellos con tanta frecuencia palabras

obscenas. Además tienen otra cosa buena: no arrojan ni ven con torvos ojos las hijas que les nacen; antes bien se hacen con las que pueden de sus vecinos los chinos; y los cristianos tienen además muchas de la Santa Infancia recogidas en la capital ó en Cheng kim; y no se les confían más, porque algunos no les dan educación cristiana. De tener estos indígenas tantas niñas, algunas de cerca de veinte años, resultan otros inconvenientes.

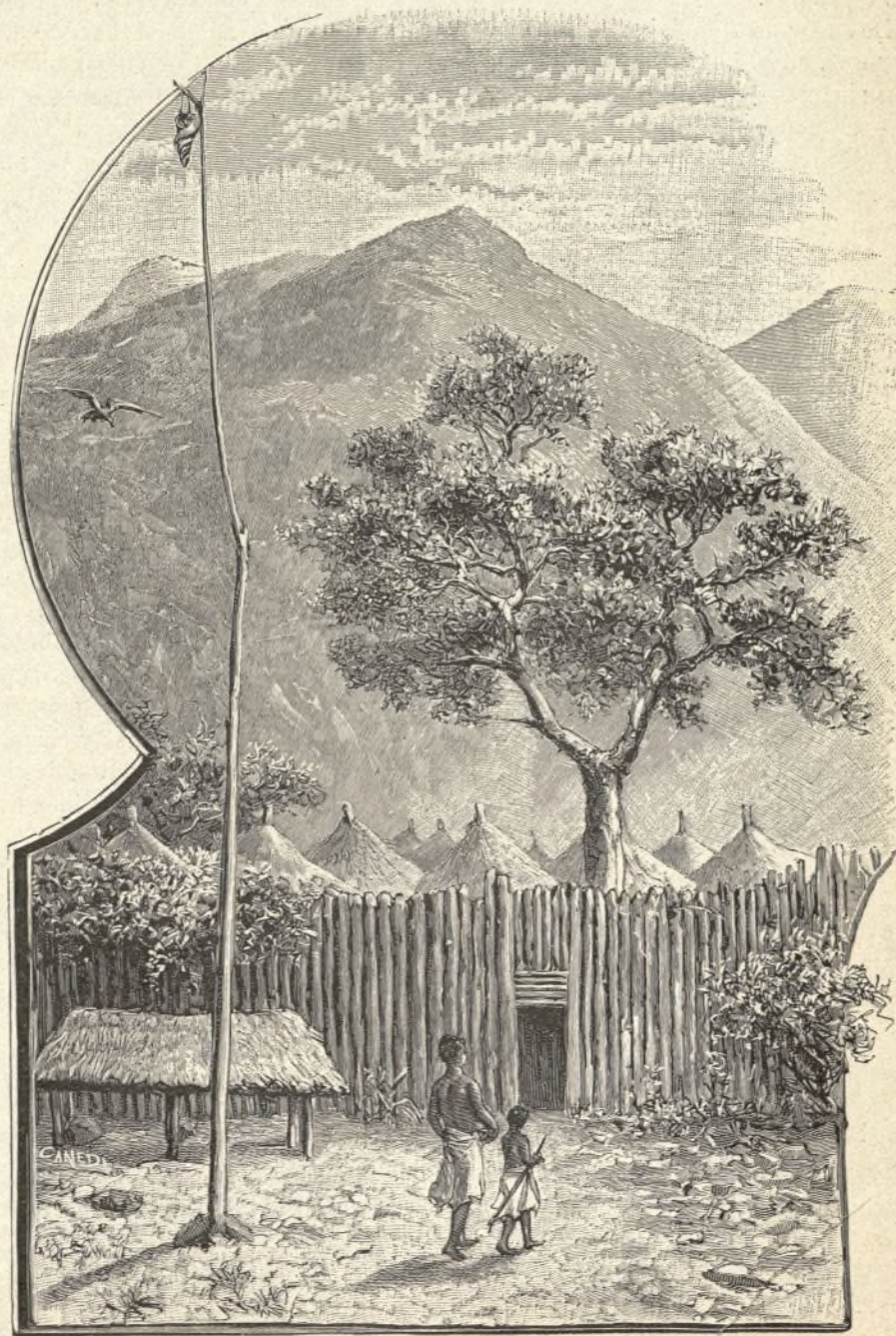
Hay unos ochenta jóvenes que saben poca doctrina, esto es, Catecismo y rezo, ni es fácil instruirles; sin embargo, poco á poco aprenden. Además, como hasta hoy no se ha podido obtener para esta iglesia una beata juiciosa, prudente y paciente para sufrir á estas indígenas y la pobreza del lugar, tampoco las mujeres ó las niñas tienen maestra. Para suplir algo esta falta, el año pasado durante dos meses, á fuerza de exhortar en un lugar, por las noches tenía un maestro para los jóvenes, y en otro un catequista para las niñas. Tenía en un cartel apuntados sus nombres para hacer una señal cada noche que viniesen, y con esto estimularlos á la asistencia, y vieses ellos que se anotaba su venida, ya para el fin de premiar más á los que más acudiesen, y ya para mi gobierno en admitirlos á los Sacramentos. Este año estoy haciendo lo mismo, poniendo un ciego que sabe bien el Catecismo para instruir á las niñas todas las noches: y por si algunas, ó algunos niños, á causa de estar más lejos de la iglesia, ó por otros motivos, quieren venir de día, está también todas las mañanas dispuesto á enseñarles dicho ciego *iluminado*, llamado Froilán-siu: aun así, ¡cuánto trabajo cuesta el obtener que vengan! y si vienen, ¡cuánta paciencia es necesaria con criaturas que si no enredan, duermen, gritan ó no abren el pico! ¿No podría V. R. mandarme cuanto antes ochenta rosarios bien engarzados para premiar á los aplicados? Una ó dos docenas que tocan á esta residencia, no alcanzan. El Sr. Chinchón me los prometió el año pasado, pero se nos murió sin enviarlos.

Habiendo luna, se reza el Santísimo Rosario por las noches en la iglesia, no dejando de gustar y alabar los europeos, que á veces vienen, las hermosas voces de estos indígenas. Por la Cuaresma, en vez de la Letanía lauretana, rezan otra de la Pasión, muy piadosa y bien hecha. Los

viernes y domingos se hace el *Via Crucis* dentro de la iglesia. A su tiempo el septenario de la Virgen Dolorosa, y en los primeros domingos de mes y en algunas fiestas de la Virgen la procesión del Santísimo Rosario.

Por Octubre hacen el mes del Rosario, y por la Inmaculada, Patrona de esta iglesia, la novena con los gozos y Salve Regina cantados, con una plática diaria. En seis festividades del año es la Misa con ciriales, incensario, canto y música, y desde la víspera hasta el anochecer de la fiesta están en frente de la iglesia, tocando piezas de su repertorio chino, pagados los músicos por los pobres neófitos, sin faltar sus cohetes, petardos y tiros. En cuatro de dichas festividades, por las tardes con exposición del Santísimo, cantan el Rosario con ofrecimiento de cada misterio.

Habiéndose tenido que abandonar las residencias inmediatas que llamábamos San José de Kauaki y San



AFRICA ORIENTAL.—Entrada de una aldea de Kitivo (Sambura). (Pág. 203)

Vicente de Laupi, los bautizados sobrevividos de ellas se pasaron en la mayor parte á ésta, donde viven juntos en número de seiscientos; y con ser la mayor cristiandad de Formosa, con mayor iglesia, dos grandes torres, etc., no conviene cansar la fe de estos neófitos con más, pues ó no hacen caso de lo que se les dice, ó no pueden por estar ocupados en ganarse un miserable sustento. El año pasado (1892), con dos temblores y cuatro báguos, á los que se siguieron enfermedades desastrosas y mala la única cosecha de palay que tienen al año, han quedado sus hogares derruidos ó malparados, y sin poder pagar el tributo al mandarín y la paga de los campos ó solar de sus casas, pues pocos los tienen propios. Se siguió la sequía, y han quedado sin camotes; después vinieron unos fríos rara vez vistos en estos lugares, y los pobres, no provistos de ropa, no tenían los infelices cómo pasarlo. Murieron muchos bueyes y búfalos á causa de dichos fríos y debilidad por la escasez de pastos.

De sus apuros no dejan de participar siempre los misioneros, cuya doctrina deben ver realizada en tales casos; ¡cuántas necesidades que socorrer! ¡cuántos enfermos desamparados!

De tanta miseria resulta también que se aumentan los ladrones, y para poder comer camotes hay que guardar de noche los campos. Otros dicen que morir de hambre ó á mano del mandarín todo es morir, y como de éste tal vez se libren, se aventuran en cuadrillas y de noche á robar las familias acomodadas, despojando de lo que hallan y hasta de la vida si se les hace resistencia. Muchos tienen que pedir prestado con usura para pagar deudas indispensables, tributo al mandarín para eximirse de sus alifures y de la cárcel, comprar algo á más no poder para vivir, vestir la desnudez y curarse. Pobres lo son siempre, pues de los muchos pueblos de indígenas que hay en esta zona al pie de los montes, apenas se halla uno con mil pesos de capital, pero ahora es mucho mayor y peor su penuria y miseria. Tienen los peores campos de la isla, los han sujetado al tributo imperial, privilegio de exención que les dieron otros emperadores, y añada á ello V. R. la indolencia y la poca previsión y amor á la economía, y así podrá figurarse cómo estarán sus casas hechas unas chozas, y qué comidas tendrán.

Los igorotes sus hermanos vienen á veces á este pueblo é iglesia, y es gente que no piensa más que en recibir y en beber vino. El año pasado un extranjero fué varias veces á sus rancharías, y si al principio los alababa y pensaba poder beneficiar alguna mina, al fin vió que no podía, después de gastar muchos duros en comprarles *chabiqui* y *babá* (buyo y vino, telas, etc.), esperar de ellos más que perder su *money* y verlos emborrachados, perdiendo miserablemente el tiempo con ellos. De cuando en cuando matan á alguno de los llanos con quien ó con cuyo pueblo tienen alguna cuestión pendiente ó rencor; nunca dejan desaprovechada la ocasión que se les ofrezca de vengarse y pasear por los pueblos la cabeza cortada del infeliz salvaje.

Por el Sudeste estamos en paz, muchas gracias á Dios, dador de todo bien. Solamente los cristianos de Laupi, por reñir con algunos gentiles de allí, tuvieron que pasarse á ésta, y es de temer que el día menos pen-

sado haya trifulcas de mal componer. Ni el mandarín puede con aquellos infieles muy malos, que cada año causan muertes ó disturbios; y los cristianos, por más que se les exhorte á la resignación, no deponen la aversión á quienes les han expatriado, usurpado sus campos y quemado sus casas.

Sólo me resta suplicar á V. R. y á todos los amantes de la extensión del reino de Dios, sus continuas oraciones, para que el Divino Pastor Jesús *det verbum evangelizantibus virtute mulla*, para atraer á un solo redil tantos descarriados entre las malezas de este mundo, y para que la Santísima Virgen del Rosario corone con su valimiento los desvelos y sacrificios que hace esta su amada Provincia dominicana por ganar muchas almas para Dios, y llenar la Iglesia de hijos santos. A la beatificación de sus hijos mártires en el Japón se sigue la de los mártires en China, después la de los mártires en el Tung-kin, y después quién sabe si la de los mártires en Formosa venerables Padres Mateo Cobiza (1), Francisco de Santo Domingo (2) y Luís Muro (3), y finalmente la de tantos y tantos paladines que están beatificados en el corazón de sus admiradores.

VICARIATO APOSTÓLICO DE TUNG-KING SEPTENTRIONAL

Feliz movimiento hacia nuestra Santa Religión

El Rdo. P. Fr. Wenceslao Fernández, de la Orden de Predicadores, escribe á últimos del año 1892 á su reverendo Padre Provincial:

ADJUNTA le remito á V. R. la lista de Sacramentos; por ella verá V. R. el aumento de nuevos convertidos; es el año que hemos tenido más bautismos de adultos. Más de ochocientos en un nuevo vicariato, es cifra muy consoladora. En medio de tantos disturbios y continuas zozobras vemos que la Religión prospera de día en día, y nuevas conquistas en país tan difícil, acostumbrado á su religión cómoda, es un consuelo que debe llenar de alegría los corazones amantes de Jesús. También verá V. R. el número crecido de confesiones y comuniones en tan corto número de cristianos, y diseminados en mil lugares, y á mucha distancia: prueba inequívoca de su fervor y constancia en la fe.

Desde que los franceses tomaron bajo su protección este reino, no hemos visto un año más pacífico que éste, desde el mes de Abril hasta el presente. Ya dije á V. R. en mi última relación anual, el peligro en que estábamos de ver nuestras cristiandades y partidos destruí-

(1) De Mateo Cobiza dice la historia, que era varón de extraordinaria penitencia y santidad, que llegó á Formosa el 3 de Septiembre de 1628, y murió al año siguiente.

(2) Francisco de Santo Domingo llegaría á Formosa el 10 de Mayo de 1626, y espiró cubierto de saetas salvajes y rogando por sus homicidas, los cuales se llevaron el brazo derecho y la mitad de la cabeza á sus guaridas. Los demás restos de su cuerpo fueron recogidos honoríficamente por los españoles, y se conservaron incorruptos y con suave olor hasta 1642, que para evitar la profanación fueron distribuidos como reliquias entre los católicos.

(3) Luís Muro llegaría á Formosa como el anterior, el 10 de Mayo de 1626, era Religioso de gran pureza de alma y de ejemplar y rigurosa penitencia, quien por Marzo de 1636 murió asacado con otros veintiséis españoles por una turba escondida de salvajes.

dos. Los latro-guerreros del Norte, envalentonados por ciertas batallas parciales ganadas contra la tropa del Gobierno, se echaron sobre los pueblos, y lo llevaban todo á sangre y fuego, sin perdonar á nadie, sin distinción de cristianos é infieles, exigiendo tributos y sumisión. Eran numerosos, no bajarían de mil, bien armados con toda clase de armas modernas, compradas en China; los pueblos no podían resistirles. Sólo los pueblos cristianos, bien fortificados, les oponían una resistencia valerosa: los infieles les obedecían en todo y les enriquecían con su plata, mientras que los cristianos les tenían en jaque con su tesón y resistencia. Llegaron con sus huestes hasta cerca de Dap-cau, Bac-ninh y Ben-thong, puestos franceses bien fortificados y con mucha tropa. No temían á los mandarines y al elemento civil, sólo al ejército y á los cañones. Habían fortificado las alturas de los montes y las entradas de las selvas con fosos y contrafosos y empalizadas formidables; habían construido murallas impenetrables al fuego de fusilería. Solamente la gruesa artillería, el petróleo ó la dinamita podían destruir sus parapetos. El Gobierno veía las dificultades, había gastado mucho en la expedición de Dung-trieu, y exhausto el tesoro, no tenía fondos para comprometerse en una nueva contra Yen-thé, dominada dicha prefectura completamente por los piratas.

Antes de emprender una guerra de exterminio y de consecuencias inciertas, hicieron un llamamiento pacífico á los cabecillas: un indulto general, ciertas garantías. Para esto se valieron del Ilmo. Sr. Velasco y de los Padres misioneros que evangelizan las prefecturas de Yen-rung y Yen-thé. El Sr. Velasco escribió á los principales jefes exhortándoles á que se compadeciesen de los pueblos y aceptasen el indulto. No escucharon las amonestaciones del Obispo misionero; arrojaron el papel al fuego, y juraron morir antes que entregarse; que estaban bien fortificados y que no temían á nadie; que subiesen á habérselas con ellos. La provocación no podía ser más insolente y ofensiva. Las tropas se prepararon, y al mando del general Voyrón subieron más de tres mil hombres con gran artillería y medios de incendiar. Un mes estuvieron ordenando la acción de batalla amenazando; y á pesar de tanto aparato de guerra, los facinerosos, fuertes en sus posiciones, no se amilanaban; se encerraron en sus castillos impenetrables. Tenían seis fuertes colocados en buenas posiciones, cerrados con puntas agudas y estacas al rededor, fosos y empalizadas á una altura suficiente para causar á la tropa bajas sensibles. Día y medio estuvieron lanzando bombas incendiarias sobre ellos; los cuales ya habían causado la muerte á tres oficiales, herido á un comandante y á un capitán, y hecho más de setenta bajas en el ejército del Gobierno. Por fin, los latro-guerreros abandonaron su posición, y se escaparon por unos subterráneos practicados dentro del mismo fuerte, por lo que apenas tuvieron bajas. La toma de este fuerte descorazonó al enemigo, y abandonó todas sus posiciones, introduciéndose entre las selvas y matorrales, y escondiéndose de tal modo, que no se le pudo dar alcance. Las tropas, con más tino y táctica que otras veces, tomaron sus posiciones y las guardaron, usándolas en mil direcciones contra ellos. Resultado,

que tuvieron que rendirse la mayor parte de los jefes piratas, entregando más de quinientos fusiles de todos sistemas. Esto nos valió la pacificación de todo Yen-thé, y la paz relativa de nuestros partidos del Norte Thiet-nham, Bi-noi, Dao-quan, y en consecuencia Daongan y esta vicaría provincial, que comenzaba ya otra vez á turbarse. Ahora, gracias á Dios y á la Santísima Virgen del Rosario, podemos viajar y dormir tranquilos.

Ya hacía más de seis años que no había ido á visitar á mis antiguos cristianos de Tiet-nham, Bi-noi y Ba-ho, y aprovechando la ocasión de esta paz relativa, me determiné á hacer una visita á todos y dar una vuelta por Yen-thé. Efectivamente, en compañía de los reverendos PP. Manuel y Lisundia visité todas las cristiandades de los tres partidos, nos recibieron en todas partes con júbilo, saliéndonos á esperar con músicas, banderolas, etc., como en tiempo de paz, sin que tuvieran necesidad de llevar armas, como en los seis años pasados. Vimos con nuestros propios ojos los destrozos de la piratería y de la guerra. Pueblos abandonados, campos de cultivo hermosos, cubiertos de maleza y de hierba que nos llegaba á la cintura; los caminos antiguos cerrados, sin saber por dónde ir. Donde pensaba encontrar un pueblo, que existía en mi tiempo de misionero en Thiet-nham, había un fuerte ó una selva; donde antes había un mercado muy concurrido, ó un pueblo numeroso, sólo existían cañas y hierba que nos cubría, un lugar que servía de morada á los tigres. Pensábamos llegar á comer á un partido llamado Ba-ho, distante del lugar donde habíamos salido muy temprano, en seis horas; yo sabía muy bien el camino, pues lo había andado muchas veces en otros tiempos; servía de guía á los Padres que me acompañaban, asegurándoles que era el camino verdadero y el más corto. Pero, ¡ilusión! Todo estaba transformado, sin senda alguna ni pueblos; y lo peor, que al llegar á un río caudaloso, en donde siempre había barcos para pasar á la otra parte, nos encontramos que todo estaba paralizado, todo desierto, y las pocas personas que estaban en la otra parte del río, echaron á correr, y se encerraron en sus pueblos llenos de miedo. No tuvimos más remedio que esperar más de dos horas. Por fin mandamos echar los caballos al agua, y á pesar de la gran corriente, pudieron llegar á la otra parte conducidos por dos valientes y robustos jóvenes.

Avisaron á los cristianos que distaban tres cuartos de hora, los cuales trajeron en seguida barcos para pasar el río. Llegamos al término del viaje sanos y salvos, pero muy fatigados, á causa del mucho calor que hacía y la mucha hambre que llevábamos. Visitamos catorce cristiandades; todas estaban en paz; no sabían qué hacer para manifestar su alegría al vernos después de tantos años. No se vaya á creer que estaban abandonados, pues sólo hablo de mí y de los dos Padres que me acompañaban, á quienes no habían visto, á mí más de seis años, al P. Manuel más de cuatro, y al Padre Lisundia nunca, pues era la primera vez que subía por aquellas alturas. Los tres partidos han estado muy bien cuidados, Thiet-nham por Padres misioneros europeos, y los otros dos por dos Padres indígenas. Aunque con dificultades y tomando providencias, todos han

podido ser administrados durante la Cuaresma, y los enfermos consolados en su postrera hora con los últimos Sacramentos.

Continuando la serie de desgracias de otros años, en éste sólo tenemos que deplorar la muerte de un cristiano principal del pueblo de Yen-le, que yendo á cortar leña á la selva, fué cogido por una cuadrilla que estaba oculta en una cueva. Por el mes de Marzo los latroguerreros cogieron seis muchachas jóvenes de Thiet-nham, que estaban cortando hierba en las cercanías del pueblo; pero, como la expedición subió pronto, pudieron escaparse sanas y salvas todas seis. En el partido de Yen-mi, el más revuelto ahora en nuestro vicariato, los chinos destruyeron una pequeña cristiandad, llevándose cautivas seis personas, las que, gracias á Dios, pudieron escaparse, debido á la prontitud de las tropas

te de los predestinados hacen su situación hasta enviable.

Hace cerca de un año que de Elobey trasladamos á Banapá (Fernando Poo) un niño de unos doce años, llamado Luís Masongo, y aunque no llegaba á imitar en todo á su santo Patrón, sin embargo, no llevaba indignamente su nombre. Siempre había sido bueno su comportamiento en el colegio de Elobey, y en el de Banapá no dió motivo alguno de disgusto á sus maestros.

Mas parece como si el Señor quisiera alejarle de su país á fin de asegurar su buena muerte en el Colegio, en donde vemos que la tienen siempre mucho más tranquila y edificante que en su casa. Al fin no es lo mismo en aquella hora hallarse cuidado y asistido por Religiosos que rodeado de los de su familia, salvajes todavía, los cuales, si bien le tienen amor, no pueden ni saben



AFRICA ORIENTAL.—Origen del río Uмба (Sambara). (Pág. 203)

que salieron en persecución de los piratas. Alguno que otro búfalo robado, y otras cosas de poca monta: por lo que verá V. R. que en este año hemos vivido en paz, sin los trastornos de los años anteriores.

FERNANDO POO

Una muerte edificante

El Rdo. P. Armengol Coll, misionero Hijo del inmaculado Corazón de María, desde Santa Isabel escribe al Padre Provincial el 9 de Marzo de 1894:

La muerte edificante de algunos de los niños que residen en nuestros Colegios nos hace palpar que la gracia obra gran transformación en sus corazones.

Es sensible, por una parte, que mueran siendo niños, pues algunos ofrecen halagüeñas esperanzas; pero, por otra, las señales que en ellos se notan de la muer-

dar entonces los remedios espirituales y corporales que el enfermo necesita.

Llegado, pues, el niño á Banapá, comenzó luego á sentirse algo enfermo; y como era sufrido, manifestó que se sentía mal, pero sin quejarse mucho ni hacer extremos propios de niños. Se le aplicaron los remedios, pero estaba ya demasiado arraigada la enfermedad para que se la hiciera ceder. Lo trasladamos á Santa Isabel para ver si con el cambio y la compañía de otros niños de su edad y de su tribu se mejoraría, pero no fué así. El Señor quería acrisolar aquella inocente alma y llevársela después de purificada. El mal se agravó en términos que, dándole un día un ataque al corazón, pensábamos que se moría.

Las jaculatorias que en aquellos momentos hacía, salidas del corazón, sin que nadie se las dictara, las palabras de despedida á los demás niños, y la tranquilidad y resignación con que esperaba su última hora, enterrecieron á todos. Pero no había llegado esta hora todavía; le restaba un mes de sufrimiento.

Comenzó á hincharse todo su cuerpo, quedando algunas veces tan sensible que ni las plantas de los pies podían tocársele ligeramente sin grave dolor. Cada vez que por necesidad tenía que bajar de su camita, era para él un rato de purgatorio. En medio de todo, nada de enfado ni de rareza; se quedaba tan tranquilo y resignado que ni deseaba vivir ni sentía el morir. Tenía sentimiento de la mortificación que nos daba cuidándole, lo cual á nosotros se nos hacía tanto más sabroso cuanto á él le veíamos más resignado.

Una noche me quedé á cuidarle, y estaban conmigo otros dos niños, los cuales, vencidos del sueño, se durmieron. Como sintiese dificultad en la respiración es-

taba. Dijo que estaba bien, y luego con una sonrisa agradable me dice:

—Padre, pruébelas V. R., que están muy bien.

Y como yo le dijera que iba á comer luego, pues era cerca del medio día, me instó dos y tres veces:

—Sí, Padre, sí, coma V. R., que están muy buenas.

Es de advertir que estos indígenas reciben sin demora todo lo que se les da, sobre todo tratándose de golosinas; y convidar á un europeo á comer no lo había visto en ellos nunca.

No menos edificante fué la escena que presenciábamos el día de Navidad. Vinieron de Bonapá á Santa Isabel todos los colegiales, y, como es natural, visitaron al



1. Parte de cielo que se ve en Tatsienlu.—2. Montes conteniendo ricos filones de oro.—3. Torrente Tar, en el que los chinos arrojan los hijos de sus mujeres tibetanas.—4. *Kuanty miao*, pagoda donde los mandarines deben hacer adoraciones por el emperador el 1.º y 15 de cada luna.—5. Pretorio del mandarin civil chino.—6. Fortificaciones.—7. Casa episcopal fuera de la ciudad, en el terreno llamado bárbaro.—8. *Lanmen*, 6 puerta al Sur de la ciudad, que da al camino del Tibet.

TIBET.—Tatsienlu, de una fotografía del Ilmo. Biet. (Pág. 216)

tando echado, traté de sacarlo de la cama y sentarle en una silla. Como por estar tan sensible había que ir con mucho tiento, abrazándole con cuidado y despacio lo senté, y al volverle después otra vez á la cama, porque sentado tampoco se hallaba bien, me dijo:

—Ahora está V. sufriendo por mí: despierte á esos dos niños para que le ayuden, y así no sufrirá tanto vuestra reverencia.

Otro día me enterneció más todavía. Acababan de traerle para comer unas sardinitas frescas cocidas sobre una hoja de plátano, que á ellos les sirve de sartén á maravilla. Envueltas en la misma hoja y calientes todavía las tenía cuando acerté á entrar á ver cómo es-

enfermo, su condiscípulo; acerté á entrar durante su visita, y no pude menos de recordar al momento la de los tres amigos de Job. Estaba el niño sentadito en su cama, hinchado el rostro y todo su cuerpo, pintada en su semblante la tranquilidad de su espíritu, sin rubor ni alteración; y todos los demás sentados también, pero en silencio y fijos todos en él los ojos, contemplando sus padecimientos sin decir una palabra. Mientras duró su enfermedad no le pasaba día alguno sin rezar el Santo Rosario y sus devociones, y durante estos actos no hablaba con los demás palabra alguna.

En fin, mi querido Padre, sería largo contar todos los detalles interesantísimos de lo ocurrido en sus últi-

mos días. Recibió los Santos Sacramentos con mucha devoción; después de fallecido parecía más hermoso que cuando enfermo, y durante largas horas estuvo flexible su cuerpo. Confiamos fundadamente que está disfrutando del premio de tantos sufrimientos. ¡Cuántas muertes he presenciado de europeos que no tenían tantas señales de predestinación como ésta! *Beati pauperes quoniam ipsorum est regnum celorum.*

PERÚ

La Misión Franciscana en Lima

El Rdo. P. Fr. Esteban Pérez escribe desde Lima al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano*, el mes de Diciembre último.

Muy amado Padre: Deseando manifestarle los importantes trabajos que en el año que termina hemos llevado á cabo los Padres Misioneros Franciscanos en esta capital del Perú, con ocasión de la santa visita pastoral que se ha girado en ella, comienzo por referir en breves palabras lo que es esta hermosa ciudad, y el estado en que actualmente se encuentra.

Fundación de Lima.—El famoso conquistador del Perú, D. Francisco Pizarro, ese héroe español que se immortalizara con proezas sólo comparables á las de la fábula, fundó esta población, poniendo él mismo los cimientos el día 18 de Enero de 1535. Bautizóla con el nombre de *Ciudad de los Reyes*, porque el 6 de dicho mes, día de la Epifanía, se designó el sitio que debía ocupar. Se llamó después *Lima* tal vez por corrupción del nombre *Rimac* que lleva el río que la riega y baña, pasando suavemente por medio de ella, ó por el espacioso y pintoresco valle en que se asienta y lleva desde antiguo el mismo nombre de *Rimac*, que los indios en su lengua tartamudean *Lema*.

Sitio que ocupa.—Este valle es sin disputa alguna el sitio mejor escogido para establecer en él una ciudad central que, cual reina majestuosa de todas las ciudades y pueblos del Sud-América, reciba las influencias y los homenajes obligados de todo este continente. A dos leguas del Callao, puerto el más seguro é importante del grandioso Océano Pacífico, equidistante de los centros comerciales de Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia, etc., verdadero corazón de ese gran gigante que se llama *Continente Sud-americano*, Lima será siempre en esta parte del Nuevo Mundo lo que Jerusalén, Atenas y Roma han sido en ese mundo ya viejo y cansado, y por ende ya tal vez próximo á su fin, por las convulsiones horribles del llamado progreso humano.

Su clima.—Siempre ha sido afamado el clima de esta capital como benigno y suave, y á esto tal vez se debe en gran parte el carácter manso y pacífico de la gente. Aquí no se conoce nunca la lluvia, ni saben lo que es una tempestad, ni jamás han oído un trueno. El hielo sólo se ve cuando lo traen en ferrocarril de la *Sierra* ó lo hacen artificialmente para el comercio. La diferencia entre las estaciones sólo se nota en un poco más de calor desde Diciembre hasta Abril inclusive, con un sol claro y despejado, á diferencia del tiempo res-

tante del año, en que este astro bienhechor aparece como nublado. La naturaleza en su flora y fauna es aquí constante, sin las marcadas alteraciones de vida abundante y desastrosa muerte que ahí siguen á las estaciones. Las brisas del mejor y más grande de los mares se ciernen agradablemente sobre este extenso valle, y Lima con sus elevados torreones y sus hermosas calles tiradas á cordel, sus plazas con encantadores jardines, y sus templos admirables, dominando la tierra y el mar, acariciada por una temperatura que no baja nunca de 12° ni sube á más de 29° centígrados, brinda á todos sus moradores con las más gratas satisfacciones.

Sus templos.—Ocupan un lugar muy distinguido en esta capital sus templos y conventos. Son notables la Catedral, San Francisco, San Pedro, Santo Domingo, San Agustín y la Merced, los cuales nada dejan que desear por su vasta extensión, bella arquitectura, generalmente del Renacimiento, y extraordinaria suntuosidad y riqueza. Hay 7 parroquias, 6 conventos de Regulares con sus respectivas Comunidades religiosas, 18 monasterios, 4 beaterios y otras casas religiosas de Congregaciones piadosas que se dedican á la instrucción y obras de caridad. Se cuentan hasta 67 templos en esta ciudad, y su culto se sostiene con una dotación de unos 250,000 pesos anuales, según lo he podido calcular en esta visita pastoral.

Hospitales.—Los de Lima son tan buenos y están servidos con tan excelente esmero, que pueden competir con los mejores establecimientos de este género en las capitales europeas. El del *Dos de Mayo* ha costado muchos millones de pesos, y puede servir á más de *dos mil* enfermos; sus largos y espaciosos salones forman los radios de un gran círculo, en cuyo centro existe un hermoso jardín; en una de las extremidades del diámetro la grandiosa portada de elegante estilo corintio con las oficinas, y al lado opuesto la espléndida capilla del mismo estilo corintio, imitación mármol con altar de alabastro. Además de este hospital, que es para hombres, existe el de Santa Ana para mujeres, el de San Bartolomé para sólo militares, el Francés é Italiano para extranjeros, y el de San Andrés y los Huérfanos para los niños abandonados; todos están servidos por Hermanas de la Caridad.

Cárceles.—Además de la Intendencia, en cuyos calabozos se encierra á los culpables, hay *La Penitenciaría*, que es el primer monumento penal del Perú y aun de la América, construido desde el año 1856 según los mejores modelos conocidos. Tiene capacidad para 315 presos, con sus respectivas celdas, sus talleres, capilla central, y observatorio. Esta cárcel sirve á los condenados á más de diez años de reclusión. La de Guadalupe contiene más presos, pero éstos son de menos responsabilidad. La de Santo Tomás sirve para las mujeres presas por cualquier delito, y está dirigida y servida por nuestras Hermanas Terciarias.

Nuestra Misión.—Superflua parecerá á V. R. esta ligera descripción de Lima; pero así solamente pueden apreciarse los trabajos incesantes de nuestra Misión en Lima, puesto que los Padres misioneros Franciscanos, que aquí nos llaman descalzos, tenemos que dar ejercicios cada año, retiros cada mes, y confesar

cada semana en las cárceles, hospitales, casas religiosas, y en monasterios y conventos. Además tenemos que asistir á los enfermos de casas particulares, que es una de las ocupaciones más pesadas en esta población tan grande. Verdad es que en cada establecimiento y en cada convento hay sus respectivos capellanes, y las parroquias tienen sus párrocos y coadjutores, y no faltan otras Comunidades de Religiosos, pero la gente de Lima se ha acostumbrado tanto, y es tan apasionada y adicta á los Padres Descalzos, que los prefieren á todos.

Pruebas de esta piadosa popularidad es el que nuestra sencilla y apostólica palabra se deje oír en casi todos los templos de esta capital como de continuo y con auditorio siempre numeroso, el que los moribundos no se tranquilicen si en esa hora angustiosa no hacen su confesión á un Padre Descalzo, y en fin el que los señores Arzobispos nos hayan ocupado siempre para los ejercicios del clero, Cuaresmas de la Catedral, discursos de oficiales circunstancias y Misiones extraordinarias. Entre éstas cuéntanse las que acabamos de dar durante seis meses continuos en los diferentes templos de Lima, con manifestaciones católicas las más espléndidas y resultados los más satisfactorios.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

X.—El Valle de Umba

Las fuentes del Umba y su curso.—El valle; su aspecto, sus habitantes.—El Islamismo

DESDE Kitivo el país cambia completamente de aspecto. Aquí los torrentes bajan de las montañas esparciendo la frescura, la fertilidad, el verdor y la alegría, y á veces también las calenturas. El Umba reúne todas esas aguas y las lleva al desierto, dividiéndolo en dos, y fertilizando, al llegar cerca del mar, los campos de Vanga.

El verdadero origen del río (*V. el grabado de la pág. 200*) está en la meseta Sambara, en el bosque de Handei; baja de la montaña por una hoz que se ve distintamente, y recibe tres principales afluentes: el Nquelo, el Kivingo y el Mbaramu, á los que ya se han unido muchos otros.

En Kitivo el barómetro aneroide señala una altura de 389 metros.

Así regados, todos estos valles ostentan una vegetación espléndida. Al hallarse uno en los trechos de bosque que todavía quedan, adivina que hace sol, pero no puede contemplarlo. Las lianas cierran el paso; las hay tan enormes, que es imposible ver hasta donde tienden sus cables, sus cuerdas y sus hilos. En las copas de los árboles que enlazan, y en las cuales van á buscar la luz, se las pierde de vista.

No deja el hombre de venir á utilizar el rico humus que la vegetación deposita. Cada año tala un extremo del bosque. Corta las hierbas y lianas con el cuchillo ó el hacha, y á los copudos árboles, que desdeñan estos instrumentos, les quitan una faja circular de corteza y

los dejan morir, ó si tardan mucho, amontonan á su pie ramas secas, hierbas y hojas, y les pegan fuego. Hemos visto un bosque explotado de esta manera: el suelo estaba desnudo, y los árboles se levantaban secos, rectos como mástiles, magníficos, sin una hoja, sin un pájaro, blancos y tristes: verdaderamente causaba pena; pero nunca el africano tuvo compasión de los árboles, raras veces de las bestias, y con harta frecuencia ni de los hombres.

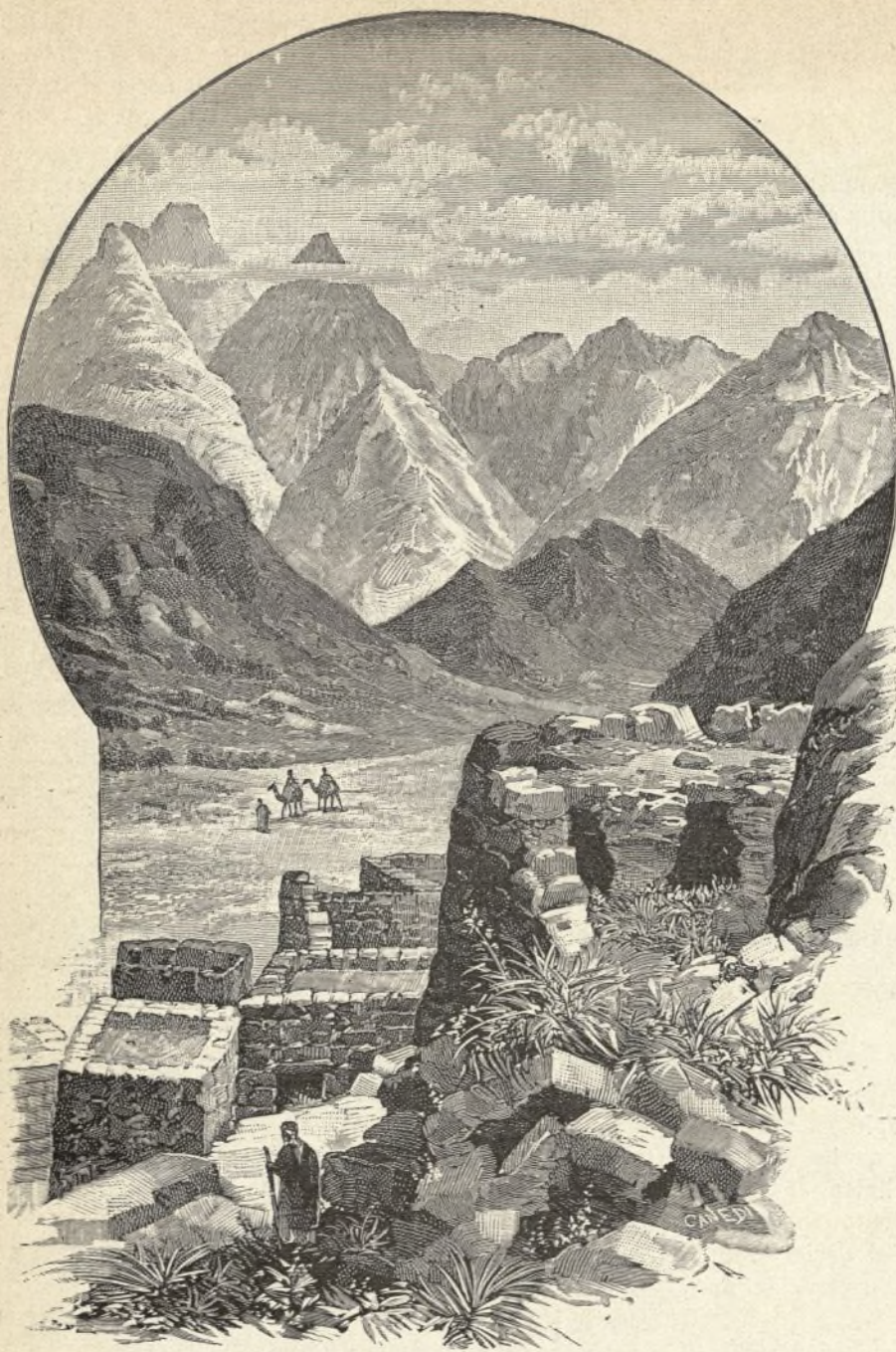
La población del valle es muy mezclada: encuéntranse aldeas de sambaras, zigwas y kambas: unos y otros viven á veces en el mismo pueblo. Cada región tiene su distinto jefe, á quien se dirige el extranjero que quiere establecerse en este fértil oasis; mas la naturalización se obtiene fácilmente. Por lo demás, las aldeas casi todas se parecen: las rodea una empalizada y un matorral impenetrable de espinos y euforbios: en el exterior un cobertizo, reemplazado á veces por un árbol frondoso, sirve de lugar de reunión á los hombres en las horas de calor para hablar, recrearse, discutir, filosofar y murmurar del prójimo mientras tejen esteras, sacos, cestos, etc. Entre tanto las mujeres, á la sombra de las cabañas ó en las galerías, preparan la comida y cuidan de los muchachos.

Las casas son redondas. En diversos puntos de la aldea hay troncos de árboles cargados de granos, paquetes de maíz y sacos de judías, que conservan al aire libre. A la entrada del pueblo, delante de la puerta (*V. el grabado de la pág. 197*), una larga percha con un marisco defiende la población de las incursiones del enemigo. Por desdicha sucede con este espantajo lo mismo que con los que en Europa se ponen en los campos para ahuyentar á los pájaros: los hay tan poco escrupulosos que saquean todo lo que pueden, burlándose del monigote de paja.

Por la alta meseta de Sambara que vemos desde aquí, vaga errante otra tribu muy poco conocida: los mbugos, que según se dice hablan una mezcla de pare y de masai, y se dedican casi exclusivamente á la cría de ganado. De buena presencia y alta estatura, raras veces se les ve en el llano, en donde son víctimas de la fiebre. ¿Cuándo podremos verles más de cerca para proporcionarles lo que les falta, la única cosa necesaria?

Nuestros bagajeros observan ahora más buena conducta. La influencia de la costa es fatal para esta cuadrilla de musulmanes. Desde que se interpone el desierto entre Vanga y nosotros ya no hemos de temer que nos abandonen, tanto más cuanto en el fondo, se hallan bien en nuestra compañía. La mayor parte de ellos han recorrido ya el interior con exploradores europeos, Stanley, Thomsón, Teleki, etc., y en sus espaldas conservan aún las señales de los golpes que les dieron: así es que se asombran de que no hayan recibido de nosotros caricias de este género.

Pero si están en paz con nosotros, suscítanse entre ellos no pocas contiendas, á causa de que unos son paganos, y musulmanes otros. En una de sus disputas, intervenimos para hacer patente con argumentos incontrovertibles la falsedad y corrupción del Islamismo.



ARABIA.—Nauamis en el uadi Selaf. (Pág. 208)

Ciertamente veneramos mucho al antiguo patriarca Abrahán, que engendró á Ismael é Isaac, *unum de ancilla et unum de libera*; pero aparte de la reverencia, es preciso convenir en que esta progenitura, en la persona de los árabes y judíos, nos causa mucha inquietud á nosotros los gentiles, pobres hijos de Càm y de Jafet.

Por una parte, los camistas africanos unen á un buen natural el convencimiento de su inferioridad relativa, á lo que se añade el color humillante de la piel.

Por otra los jaféticos, los arios, y los europeos si se quiere, deslumbrados por el brillo de su civilización material, vanidosos é ineligentes sin duda, pero distraídos, son ante todo sumamente sencillos.

Por último, al lado de sus hermanos segundos, ó entre ellos, distingue á los semitas una hipocresía tan profunda que llega á asemejarse á la misma lealtad, una truanería tan natural que se la confunde con la bo-

nachona sencillez, y un sentimiento tan íntimo de su superioridad sobrenatural que nada hasta hoy ha podido reducirla. Y mézclanse entre nosotros, los negros y los blancos, aniquilando á los débiles y minando á los fuertes, íntimamente convencidos de que todo es lícito y aun meritorio contra aquellos hombres que no son «fieles,» esto es, que no son judíos ni musulmanes. En esto consiste su fuerza.

Y ¡cosa singular! Estos hipócritas é irreconciliables enemigos tienen partidarios entre nosotros. Muchos hombres políticos, oradores y escritores, y no de última fila, dicen que el Islamismo debe ser favorecido en Africa como un paso hacia la civilización...

Entendámonos. Si por civilización africana se significa un estado en el cual los negros vestirán largas camisas blancas, el Islamismo puede contribuir á este resultado; pero si se trata de que la civilización sea un desarrollo intelectual y un mejoramiento moral, el Islamismo es fatal á la raza negra. Después de levantarla un poco, desprendiéndola de algunas prácticas paganas, la fija perpetuamente en un fanatismo orgulloso, una irreconciliable desconfianza, una soberana hipocresía y una crapulosa inmoralidad.

Los paganos, fetiquistas, antropófagos, salvajes, todo lo que se quiera, pueden ser también hostiles á la civilización europea (¿y cómo no serlo cuando esta civilización es á veces tan singularmente representada?); pero en el fondo, aman al europeo, y si éste procura mostrarse constan-

temente en medio de ellos como un ser justo, digno y bueno, ámanle con entusiasmo: los paganos, en Africa, son una reserva preciosa para la civilización y la fe, mientras los musulmanes representan allí un campo para siempre estéril. En eso consiste la diferencia, como apreciará todo verdadero amigo del progreso.

Sin embargo, dicen los teóricos, cuando el Islamismo triunfa en un punto del continente negro, pone fin en él á grandes males: á la embriaguez, por ejemplo, y á la antropofagia.

En cuanto á que el Islamismo suprime la embriaguez, la mejor prueba en contrario es el hecho de que en la ciudad de Zanzíbar, donde la población es musulmana, cargamentos enteros de ginebra y de alcohol falsificado se agotan con asombrosa rapidez. Unicamente hay que todo esto se absorbe de noche y en casa, sin que nada

adviertan los europeos, quienes son los únicos que besan el suelo de las calles...

Tocante á la antropofagia, no ha de creerse que sea universal en Africa: la horrible costumbre está localizada en ciertas tribus conocidas, especiales, y precisamente las mismas que los musulmanes respetan, con su cuenta y razón.

Mas aunque el Islamismo ofreciese la ventaja de disminuir, ya que no de suprimir, estas costumbres viciosas ó criminales, ¿qué ganaría con ello la civilización si las reemplaza con ese fanatismo irreducible, esa inmoralidad degradante y esas enfermedades vergonzosas, fatales á las razas infeccionadas con ellas, y de las que aquél tiene la triste especialidad? Y, por otra parte,

bien, también en esto, y en esto sobre todo, el «librepensador» que, para decirlo de paso, tiene su dogma propio, tanto más intolerante cuanto no se da cuenta de ello, se verá soberanamente chasqueado. En efecto, el musulmán respeta y aun admira y con frecuencia ama al misionero católico, cuya fe y abnegación le constan; pero al paso que aprovecha el auxilio que le proporcionan, inspíranle el más profundo menosprecio esos apóstatas del Cristianismo, algunos de los cuales remedan mal á los musulmanes, y otros afectan tocante á Dios y á la Religión inexplicable indiferencia. Muchas veces nos han dicho:

—Vosotros, los *Padri*, aun podéis salvaros, sin duda, por la gran misericordia de Alá; pues creéis en él, le



TAHITI (*Oceania*).—Cuatro músicos tahitianos. (Pág. 214)

¿quién causa más víctimas, algunas tribus antropófagas, destinadas á cesar en breve sus prácticas ante las crecientes fuerzas europeas, ó los musulmanes que constantemente consideran á los «infielos» como rebaños que deben exterminar, ó reducir á esclavitud, exportar y vender?

Hay todavía otra prevención. Créese que es natural que los misioneros cristianos y los musulmanes estén descontentos unos de otros á causa del choque de sus opiniones religiosas. Mas tómese, se llega á decir, un «librepensador» que sepa hacer concesiones y aun proteger las ideas confesionales de los hijos de Mahoma, y entonces se obtendrá lisonjero éxito... ¡Comprendo! Implacables contra el ejercicio de la fe y de la caridad cristianas, queréis ser deferentes con la propaganda musulmana, y aun favorecerla y subvencionarla. Pues

servís, le invocáis, y adoptáis en su nombre un género de vida de que no serían capaces nuestros mayores santos. Pero esos europeos que nunca oran, en ¿qué se diferencian de las bestias? Y ¿cómo Dios, á quien estos infieles nunca han querido conocer durante su vida, les reconocerá en su muerte? Pues bien, malditos de Alá, son despreciables para los creyentes.

Esta es la verdad.

El musulmán no deja de tener maneras seductoras: sabe ser cortés, hospitalario, servicial y generoso. Ante estas cualidades de circunstancia, el sencillo ario se deja prender fácilmente. «Besa, dice uno de sus proverbios más característicos y predilectos; besa la mano que no puedes cortar.»

En su trato con los *kafiri* y con nosotros, á eso queda reducida toda la línea de conducta del musulmán.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XIX

El Serbal

DE todas las grandes montañas de la península sináica, el Serbal es la que se ve primero viniendo de Egipto ó Palestina, y sin duda es la más imponente por su aislamiento, su masa y sus atrevidas cumbres, que se levantan como de un salto á mil cuatrocientos metros del uadi Feirán. Si otras cimas llegan á una altura absoluta más considerable, ninguna presenta tanta diferencia de nivel entre su punto culminante y su base, ninguna domina como él sin obstáculo la región y la rodea.

No es de extrañar que Cosmas (547), cuya memoria, según se advierte por varios pasajes de sus libros, no era muy fiel, confundiera esta montaña con el Sinaí. «Como acosara á los hebreos la sed, dice, Moisés por orden de Dios, teniendo en las manos la vara y acompañado de los ancianos, dirigióse al monte Chorep, esto es, el Sinaí, á unas seis millas de Farán,» distancia que designa incontestablemente el Serbal; pero sorprende sobremanera que viajeros tan ilustrados como Burkhardt (1882), y después de él Lepsius, Ebers y otros, hayan prohiado una opinión tan mal fundada, y que los guías Baedeker y Joanne (por Emilio Isambert), la propalen en nuestros días, después que los sabios de la expedición inglesa han demostrado hasta la evidencia, por el atento estudio de los lugares, la imposibilidad de semejante identificación.

Santa Silvia, más antigua que Cosmas y mucho más exacta en sus relatos, señala una distancia muy distinta desde Farán al Sinaí. «La mayor parte de los santos que habitaban la montaña de Dios, dice, se dignaron acompañarnos hasta Farán, por lo menos los más fuertes. Y cuando hubimos llegado á Farán, que dista treinta y cinco millas de la montaña de Dios, tuvimos que descansar dos días para reponernos.» Treinta y cinco millas romanas es exactamente la longitud del camino más corto desde Feirán á Djebel-Muça. Los ingleses lo han medido, y su cifra corresponde á treinta y cuatro millas romanas, ó cuarenta y nueve kilómetros.

Todos los escritores de la época monástica, Silvano, Amonio, Nilo, Procopio... todos los peregrinos de los siglos siguientes, la tradición católica unánime, de acuerdo con la santa viajera del siglo IV, colocan el Sinaí del Exodo en el Djebel-Muça: nadie ha ido á venerar en el Serbal el trono de Dios dando sus leyes al género humano. En la cumbre no hay huella alguna de edificio religioso; únicamente se ven los restos de una torre de defensa, cuya construcción de cal y canto no puede remontar más allá de la ocupación musulmana. El nombre mismo de la montaña nada tiene de sagrado; significa «cota de malla,» por alusión al aspecto brillante de las peñas lisas del monte al humedecerlas la lluvia.

Por lo demás, no hay al pie del Serbal ningún lugar apropiado para campamento de dos millones de hombres.

Era imposible poner al rededor de una montaña tan escabrosa en su acceso, la barrera que Dios prescribió á Moisés para que ningún hombre ni animal tocara el monte al cual iba á descender el Señor (1). Aunque Moisés fué pastor en esas alturas, no se concibe cómo, á la edad de ochenta años (2), pudiera con tanta frecuencia como refiere el Sagrado Texto hablando del Sinaí, subir á la cima del Serbal, cual ascensión exige cinco largas horas de fatiga y peligros, aun para jóvenes y vigorosos montañeses.

Por más que la Peña de la cual hizo manar Moisés las aguas milagrosas hacia Rafidim esté en Horeb, según el Sagrado Texto (3), y que al Sinaí le llame á veces la Santa Escritura «el monte Horeb,» esto no es una prueba de que el Sinaí se halle en los alrededores de Rafidim y deba ser identificado con el Serbal.

Horeb significa «tierra seca,» y según la opinión más comúnmente admitida, este nombre designa toda la parte montañosa del centro de la península, comprendiendo tanto el Serbal como el Sinaí. Si el escritor se sirve de él dos ó tres veces (4) para indicar la montaña del Sinaí, toma entonces la parte por el todo.

Hemos recorrido la falda de la montaña, y visitado los sepulcros, las viviendas arruinadas y los trabajos diversos de los numerosos anacoretas que santificaron estos lugares.

De todas las rutas por las que se puede ir al Serbal, el uadi Aleyat es la más cómoda y natural partiendo de Feirán. Los camellos pueden andar más de una ora por un sendero entre rocas graníticas confusamente amontonadas. Numerosas alcaparras (*Capparis Galeata*, Fresen.) y acacias resinosas (*Acacia Seyal*, Del.), dan un poco de vida y frescura á ese caos, haciendo admirablemente resaltar con su verdor los tintes rojos del granito.

En las alturas que circuyen el valle venise señales de un cataclismo en la gran montaña. Por do quiera, en las rocas y á orillas del sendero, hallanse innumerables inscripciones; por todas partes, en las últimas estribaciones, se ven aldeas de sepulcros construídos como casas; á trechos se encuentran pequeños recintos, restos al parecer de los huertos cultivados por los antiguos anacoretas.

Desde el desfiladero que termina la montaña al Este, domínase la cuenta más profunda, escabrosa y enhiesta que cabe imaginar, el uadi Sigillyeh, aislando al Sud el Serbal; tan sólo leopardos y cabrones silvestres habitan aquel lugar, por el que raras veces se aventuran los cazadores beduínos. No obstante, la soledad, severidad y majestad severa de sus vistas, atraeron á él una población de solitarios. Sus celdas, suspendidas como sobre abismos; sus grutas en el flanco de los precipicios; sus huertos en los bordes de las peñas por donde fluye un poco de agua, y las escaleras que labraron en la roca para tener un sendero en los pasos más peligrosos, están aun visibles como testimonio de la increíble energía y de la ingeniosa paciencia de estos hombres de Dios.

(1) Exod. xix, 12, 13.

(2) Deuter. xxxiv, 7.

(3) Exod. xvii, 6.

(4) Ead. xxxiii, 6;—III Reg. xix, 8;—Exod. iii, 1, 12 (xxiv, 4, 5).

XX

El uadi más allá de Feirán

Queremos llegar mañana al convento del Sinaí; de él nos separa una buena jornada, que abreviaremos yendo á pernoctar en el uadi á tres leguas más allá de la aldea.

Durante una hora andamos entre palmeras y sidrs, sin aire y sin frescor. En vano procuramos ver de nuevo el riachuelo, ó por lo menos las altas mentas y las finas cañas que lo ocultan: estamos ya muy lejos de su origen. ¡Pobre riachuelo del desierto! diríase que se avergüenza de encontrarse allí. Apenas ha recorrido quinientos metros desde su nacimiento, cuando ya se oculta debajo del suelo.

A las palmeras sucede un bosque de tamarindos, en el que se ven hermosos árboles. Poco á poco el suelo se seca y es arenoso; los tamarindos son cada vez más escasos y mezquinos, y por último no queda otro verdor que el de los *Genets Retam*, tan numerosos en estos lugares, que han dado su nombre al pequeño uadi Retameh, que desemboca á derecha en el uadi grande. Más lejos la verdura de la retama desaparece, y ya no se ven en el suelo sino algunas plantas grises de la familia de las compuestas, todas muy odoríferas y aromáticas.

El valle se ensancha y sus lados presentan singular aspecto. Al pie de las sombrías peñas corre sin interrupción una enorme baga de arena y arcilla blanquecina, perfectamente horizontal y de unos veinticinco metros de altura, cuyas escarpas, singularmente desmoronadas por las lluvias, ofrecen de lejos raras ilusiones. Son los *jorfs*.

No cabe duda que esa masa de tierra y piedras haya sido arrastrada de las montañas y depositada allí por poderosas corrientes de agua; pero queda por explicar el por qué de los depósitos y su nivel uniforme. Algún sabio (1) juzga que en época remota el uadi Feirán fué en esta región un lago cerrado por la prolongación de la colina de Maharrad, donde las aguas durante siglos depositaron una espesa capa de limo. Habiéndose roto la barrera, los torrentes cavaron en esos aluviones el lecho actual del valle, dejando intactos los bordes, pegados á las sperezas de la montaña. Los *jorfs* serían, á juicio de dicho señor, los restos de estos antiguos aluviones.

Aunque esta explicación es plausible, no creemos sea necesario suponer un lago en el uadi para darse cuenta de la formación de los *jorfs*, tanto más cuanto encontramos depósitos semejantes, aunque menores, en parte del uadi ech-Cheink, harto inclinado para que nunca hubiera formado un lago. El uadi Feirán recoge las aguas de gran parte de la región montañosa donde son más frecuentes las tempestades. No es increíble, para los que han sido testigos de los extraordinarios aguaceros que acompañan á éstas, que en la época en que las montañas no eran, como hoy, peñas enteramente desnudas, los torrentes de agua precipitados de las alturas arrastraran montones de materiales que consti-

tuyen los *jorfs*, y que menores corrientes las excavarán después y nivelarán. Creemos, con los sabios de la expedición inglesa, que los *jorfs* son debidos á causas todavía en acción.

En este mismo lugar el Sr. Holland fué testigo de una tempestad de lluvia, de inconcebible violencia. Al cabo de una hora de haberse desencadenado aquélla, el uadi Feirán, convertido en furioso torrente de muchos metros de altura, arrebató mil palmeras, destruyó los gurbis de los árabes, ahogando sus cabras, carneros y camellos, y pereció en las ondas un campamento de treinta beduinos situado algo más arriba en el uadi Selat. El mismo huracán arrasó parte del huerto del convento de Santa Catalina al pie del Sinaí, y amontonó peñas enormes en la cuenca de Nakb-el-Haua que conduce al convento. Esto acaeció el 3 de Diciembre de 1867. Veintidós años después de esta catástrofe, el uadi Feirán nos parece aún, en diversos lugares, como devastados por reciente tempestad, y vemos todavía multitud de palmeras derribadas y casi hundidas en el lecho seco del torrente, troncos transportados á largas distancias y detenidos entre las rocas: en el suelo hay aún zanjas y largas ondulaciones de arena que revelan el paso violento de las aguas.

Los indígenas dan á estos aguaceros súbitos el nombre de *seils*, y los temen hasta el punto de que, aun en la buena estación, nunca plantan sus tiendas en el fondo del uadi, sino á cierta altura en la pendiente del ribazo. Sin duda los *seils* son poco frecuentes en un país donde sólo caen por término medio, dos ó tres centímetros de agua durante el año (1), pero parece que de esta suerte acostumbra llover en el país.

A medida que adelantamos, angóstase el valle hasta el punto de que sólo deja un paso de ocho á nueve metros, entre rocas á pico, llamado El-Bueib (la puerta pequeña), nombre ciertamente muy apropiado, distante diez kilómetros de Maharrad. Pocos pasos más arriba divídese el uadi en dos brazos, y ambos conducen al Sinaí.

Como se comprende, esta conjunción de los valles y el paso de El-Bueib eran para los hebreos acampados en Rafidim un punto estratégico de la mayor importancia. Moisés puso allí sin duda una fuerte guardia de sus mejores combatientes para prevenir todo retorno de los amalecitas, y asegurar la libertad del paso.

La nube que guíaba á los hijos de Israel no les permitió detenerse más de diez días en el agradable campamento de Rafidim, pues habiendo portido el 15 del segundo mes de Helim (2), acamparon al pie del Sinaí el 3 del tercer mes.

Es muy singular que antes de hablar de su llegada al Sinaí, á una jornada larga de Rafidim, refiera Moisés su entrevista con Jetro en el campamento, cerca de la «montaña de Dios», esto es, según el lenguaje de los Libros Santos, cerca de la montaña en que se dió la ley (3).

(1) Desde el 23 de Noviembre de 1868 al 22 de Abril de 1869, que comprende toda la estación lluviosa, sólo cayó en el Sinaí dos centímetros y tres décimas de agua, según las observaciones de la expedición inglesa.

(2) Exod. xvi, 1.

(3) Exod. xviii.

(1) Bauermann.

Jetro, á lo que parece, moraba en la vertiente oriental de la península. Informando de los prodigios divinos obrados en favor de Israel y su yerno, y de la victoria sobre los amalecitas, juzgando por estas noticias que ya no amagaba peligro alguno al pueblo viajero y á su jefe, acompañó al campamento á la mujer y los dos hijos de Moisés, confiados á su custodia durante los trágicos sucesos de la salida de Egipto. Por su consejo, Moisés escogió entre los prudentes del pueblo gran número de jue-



AFRICA ORIENTAL.—Reserva de maíz conservada al aire libre, al abrigo de insectos y ratones. (Pág. 203)

ces, á quienes encomendó el cuidado de arreglar los asuntos civiles de menor importancia, fijando á cada cual la extensión de su jurisdicción.

El viaje de Jetro, la elección de jueces, y la nueva organización judicial no pudieron evidentemente hacerse en los pocos días que Moisés permaneció en Rafidim después de la derrota de los amalecitas. En el Sinaí, pues, y quizá después de las primeras manifestaciones de Dios en la santa montaña, despidióse Jetro del caudillo hebreo. En el relato del escritor sagrado hay una transposición parcial de tiempos. Moisés, como tantos otros historiadores preocupados por un grande hecho, por una idea culminante, se descargó desde luego de un episodio que, colocado en el orden de los tiempos, hubiera entorpecido la exposición de los hechos referentes á la idea principal. Desde que se halla en el Sinaí, sólo habla de las manifestaciones divinas y de la ley santa.

Murmuraron tal vez los israelitas al levantar el campo para proseguir su camino por el desierto. Mas el peregrino abandona á Feirán sin pena, sin preocuparse por la larga y penosa jornada, con la esperanza de que por la noche se hallará al pie del santo monte, término y objeto principal de su rudo viaje.

Los dos caminos que pudieron tomar los hijos de Israel para dirigirse desde el-Bueib al Sinaí, esto es, el uadi ech-Cheik y el de Guasab, dan la vuelta á unas mismas montañas, la primera por el Norte y la segunda por el Sur, uniéndose dos horas antes de llegar á la línea de rocas que cierra al Norte el desierto del Sinaí,

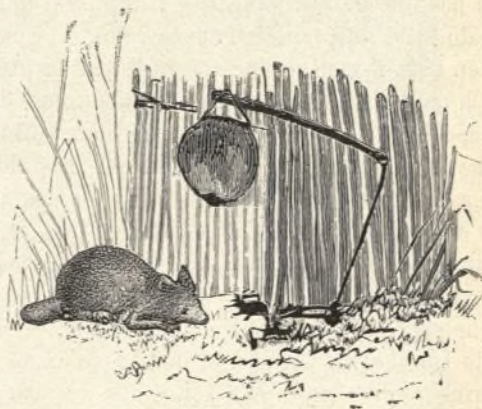
dejando sólo una abertura por donde poder desfilarse una gran multitud, el paso de el-Utayeh.

Desde el-Bueib al Sinaí hay unos cincuenta kilómetros más de lo que puede andar cómodamente gran muchedumbre en una jornada. Esto se explica porque habiendo descansado en Rafidim, los más vigorosos partieron antes del alba, y llegaron por la noche frente al Sinaí. No olvidemos que en el Sagrado Texto se trata del cuartel general de Moisés y no de todo el pueblo, que tardaría poco menos de una semana en desfilarse por la «Puerta pequeña,» y más de un día en atravesar el paso de el-Utayeh, de sólo treinta metros de anchura.

Escogemos la ruta del uadi Selaf, que tiene algunos puntos de vista pintorescos, pero que por lo general es muy monótono. De pronto nuestros camelleros gritan: «¡Nauamis! ¡nauamis!» y nos muestran un grupo de casuchas de piedra que los sabios hacen remontar á los tiempos bíblicos, y que nuestros beduinos dicen sirvieron de refugio á los hebreos para librarse de la lluvia de mosquitos. *Nauamis* en árabe es el plural de *namus*, mosquito.

Paredes circulares formadas con piedras no labradas y sin cal, se levantan verticalmente á sesenta centímetros del suelo, y desde este nivel las piedras reentran hacia el interior, formando una pequeña cúpula de tres metros de elevación. No hay otra abertura que una puerta baja cubierta con un grosero dintel, y un agujero en el remate de la cupulita, cerrado con una piedra.

Estas habitaciones en forma de colmenas, presentan en su sencillez uno de los más antiguos tipos de las viviendas humanas, y su buen estado de conservación no contradice la antigüedad que se les atribuye, pues se han encontrado inscripciones sinaíticas de dieciocho siglos antes del Exodo, menos gastados por el tiempo que inscripciones del siglo último en nuestros climas de Europa.



AFRICA ORIENTAL.—Una trampa para ratones. (Pág. 203)

El uadi Selaf termina al pie de las altas montañas al extremo de un rápido torrente encajonado entre rocas de dos ó trescientos metros, que los beduinos llaman Nakb-el-Hana, el desfiladero del viento. Los antiguos monjes construyeron en él un sendero para unir el monasterio del Sinaí con la ciudad de Fairán. En ciertos puntos no es más que una escalera de peldaños irregulares, pero abrevia dos horas el camino, y así los viajeros lo prefieren, bajando del camello en los malos pasos.

Moisés pasó por el uadi Gasab, y siguiendo sus huellas encontramos luego un bosquecillo de palmeras cerca de ruínas de origen desconocido, y al cabo de dos horas llegamos al gran uadi ech-Cheik, en un vasto bosque de tamarindos que por su vigorosa vegetación revela un subsuelo abundante en agua. Moisés no pudo hallar mejor sitio para hacer un alto después de haber recorrido la mitad de la jornada. Tarfa, es decir, Tamarindo, es el nombre geográfico del lugar.

El valle se ensancha al salir del bosque, pareciendo linda al Norte con los blancos *jorfs* de que ya hemos hablado, mientras que al Sur la vista se detiene en una línea de gigantescas rocas negras desde el Sudoeste al Nordeste. Estas rocas se levantan á novecientos metros sobre el nivel del suelo, y no pueden compararse sino á una inmensa ola de lava. El uadi ech-Cheik se dirige hacia la única abertura de este prodigioso cerco, y lo atraviesa entre dos peñas verticales, distantes unos treinta metros. El paso de el-Utaye, tal es su nombre, sólo tiene dos ó trescientos pasos de largo: á la salida se levanta en medio del camino una peña aislada, presentando con regular exactitud la forma de una gigantesca silla con baldaquino. Los beduinos dicen á los viajeros que es la silla en que descansaba Moisés cuando guardaba los rebaños de Jetro, pero entre ellos la llaman la silla de Mahoma.

Más allá del paso, detrás de las rocas, se extiende la comarca montañosa, alta y fría que los Libros Santos designan particularmente el desierto de Sinaí (1), donde el Señor quiso poner al pueblo hebreo al abrigo de sus enemigos y en perfecta seguridad, mientras le daba sus divinas enseñanzas. En este desierto, en efecto, los hijos de Israel estaban protegidos al Norte, contra los amalecitas, por una barrera de infranqueables rocas, en el que hay un solo desfiladero de fácil defensa: al Mediodía tenían el mar y un caos inexpugnable de altas montañas: al Oeste los madianitas eran para ellos aliados, estando cimentada la amistad por la unión de Moisés con la hija de Jetro, uno de sus jefes.

(1) Exod. XIX.

LA LIMOSNA PARA LOS SANTOS LUGARES

El Ilmo. Sr. D. Mariano Soler, celosísimo obispo de Montevideo, el 2 de Marzo de 1894 dirigió á sus diocesanos una exhortación pastoral para que tomen parte en tan santa y piadosa obra.

Dice así:

SEGÚN nuestra costumbre, debemos dirigiros algunas palabras de exhortación en favor de la limosna, que por disposición de la Santa Sede, se debe recoger todos los años en todas las diócesis del mundo para enviarla como óbolo de nuestro amor filial á la Custodia de Tierra Santa. Ya sabéis cuál es el elevado objeto de esa limosna: contribuir al sostenimiento y decoro del culto en los Santuarios más privilegiados del mundo, cuales son los Santos Lugares, teatro del acontecimiento más augusto y divino que se realizara sobre la tierra: nuestra redención.

El Cristianismo no tiene recuerdos más sagrados que los que se relacionan con aquella que por antonomasia se llama *Tierra Santa*, pues fué Jesucristo quien la santificó desde la cuna hasta su glorioso sepulcro.

Mas he aquí que acabamos de recibir desde Jerusalén una excitación dirigida á los católicos de América para avivar la caridad de los fieles en favor de la Obra

de Tierra Santa, firmada por los reverendísimos Padre Custodio y Padre General de la Orden Seráfica al encontrarse en santa visita de los Santos Lugares. Nada más á propósito para excitar vuestra generosidad. Por tanto, os la vamos á transcribir casi íntegra, recomendándoos muy encarecidamente respondáis generosamente á los piadosos fines de la misma. Hela aquí en sus principales rasgos:

Obra santa y piadosa por excelencia puede llamarse sin duda aquella que tiene por objeto así la recuperación y conservación para la Santa Iglesia católica de los Santuarios de Palestina y de la Judea, que han visto obrar todos los grandes misterios de nuestra redención, como de trabajar por la conversión de los infieles,



ILMO. MARÍA JOSÉ VERDIER, de la Congregación de los Sagrados Corazones, vicario apostólico de Tahiti. (Pág. 214)

herejes y cismáticos, demasiado numerosos, por desgracia, en este país bendito por tantos Santos Profetas, los Apóstoles, la Santísima Virgen María, y sobre todo por el mismo Hijo de Dios, y tan justamente denominada en el lenguaje cristiano *Tierra Santa*.

Tal es la gloriosa obra emprendida y sostenida sin interrupción y sin descanso por espacio de seis siglos por la Custodia franciscana de Tierra Santa.

Pero esta obra que interesa á toda la cristiandad, y hasta tal punto, que más de sesenta Papas la han recomendado con Bulas especiales, debe encontrar naturalmente especial ayuda y socorro entre los fieles de las Américas españolas, habiendo sido las que más se han distinguido en todos tiempos por su devoción y amor á los Lugares Santos de nuestra redención, y que más han contribuido indudablemente á su conservación y culto, secundando las inspiraciones y deseos de sus antiguos y augustos Monarcas, que después de los muy piadosos reyes D. Roberto y D.^a Sancha de Sicilia, sus primeros fundadores, fueron los más constantes y señalados bienhechores de Tierra Santa.

No dudando, pues, de que los americanos de hoy se hallan animados de los mismos sentimientos de sus antepasados para con la Custodia franciscana de los Santos Lugares, ésta, encontrándose en la imposibilidad de hacer frente á las múltiples y graves necesidades que pesan sobre la misma, hace el más sentido llamamiento á su generosidad. Y á este mismo fin el venerable Directorio de la misma, y desde la ciudad santa de Jerusalén, con humilde confianza solícita de la caridad americana el óbolo de su generosidad, especialmente para las santas ciudades de Nazaret, Belén y Jerusalén, los mismos Padres Comisarios franciscanos que tiene Tierra Santa en dichas Américas.

I

Origen y progresos de la Santa Custodia.—Fué el mismo Serafín de Asís, el Padre de los pobres, San Francisco en persona, el que fundó la Custodia de Tierra Santa, cuando visitando los Santos Lugares de nuestra redención, dejó en ella algunos de sus discípulos con este santo fin.

Desde aquel tiempo la Santa Custodia no pudo tener la dicha de recibir en ella á ningún sucesor del Santo Patriarca, hasta que hoy día, habiendo vencido todas las dificultades y obstáculos, que no faltaban jamás, pudo venir el Rmo. P. Fr. Luís de Parma, ministro general de toda la Orden Franciscana, para poder satisfacer sus ardientes deseos como hizo el Santo Fundador de adorar los Santuarios de Palestina, depositar su corazón en la sagrada tumba de nuestro amable Redentor, y abrazar en su seno á sus queridos hijos esparcidos por toda la Santa Custodia, que trabajan como buenos operarios en la viña del Señor. Pues desde el año 1230 el Papa Gregorio XI recomendaba los Religiosos Franciscanos á los *Prelados de Oriente*.

El Papa Clemente VI confirmó para siempre en el cargo de guardianes exclusivos de los Santos Lugares á los Franciscanos, los cuales, después de la toma de San Juan de Acre por los turcos, en 1291, quedaron solos de entre los latinos en Palestina hasta nuestros días. Consta igualmente por un centenar de firmanes,

que proclaman que á los Religiosos Menores *solamente* corresponde el honor de haber conservado los Lugares Santos. ¡Pero á costa de qué sacrificios, de cuántos trabajos y de qué acerbo y prolongado martirio!...

Regístrense los archivos del convento de San Salvador, y se verá que los hijos del Pobrecillo de Asís establecidos en Oriente han debido soportar los efectos de las guerras, de la peste, del hambre, y del odio de todos sus enemigos. Mostrarán también que no hay prisión alguna que no haya sido regada con su sangre; y que ni la prisión, ni el palo, ni la hoguera han sido capaces de arrancarlos de la sagrada Roca del Calvario, en donde se consumó el sacrificio del amor.

Hacen constar, en fin, que el resultado de estas luchas heroicas y de este indomable valor desplegado por espacio de siete siglos es, no solamente la conversión de muchos millares de heterodoxos y de infieles, sino además la adquisición y conservación de los más preciosos Santuarios, y aun podemos decir, el cambio total de cosas en Oriente. De algunos años acá, y desde el glorioso reinado de S. M. I. el sultán Abdul Hamid-Kham II, que concedió la tolerancia religiosa en su Imperio, la situación actual es completamente diversa de la de siglos atrás, pudiendo asegurar que casi se goza de más libertad religiosa en Oriente que en Occidente, y mucho más en la Judea y Galilea.

Actualmente la Misión de Tierra Santa se extiende por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hasta Jenige-Kalé, en la Sicilia, y comprende toda la Siria, la Galilea, Judea, el Bajo y Medio Egipto, hasta Puerto-Tewfik, sobre la costa del mar Rojo.

Ella tiene, incluso el de Constantinopla y los de Chipre, cuarenta y ocho conventos y hospicios ó centros de Misión; en los que tiene cuatrocientos treinta y dos Religiosos, sin contar los terciarios y los jóvenes llamados postulantes, que visten el hábito franciscano y forman parte del cuerpo religioso, y llegan al número de unos cincuenta individuos. Todos ellos se ocupan en rogar á Dios por la Iglesia, por las Américas y por todos sus bienhechores; en enseñar á los niños y niñas árabes é instruirlos en los rudimentos de nuestra fe y de las humanidades en más de cincuenta y dos escuelas diferentes, todas enteramente gratuitas para la enseñanza, y la mayor parte aun para el abastecimiento de libros y demás utensilios de escuela; en atender al desempeño de cuarenta y dos parroquias, cuya mayor parte son de importancia y de un crecido número de almas, particularmente la de Alejandría, que se compone de más de treinta y un mil de diferentes lenguas y naciones, haciendo por la conversión de los infieles y abjuración de los cismáticos grandes esfuerzos, que son coronados de felices resultados; consolando y aliviando á la viuda; tomando á su cargo todos los huérfanos y pobrecitos de la Iglesia latina, habiendo fabricado para ese objeto en Jerusalén dos grandes edificios, uno para niños y el otro de niñas.

Distribuyendo socorro á más de cuatrocientas cincuenta familias pobres, á la mayor parte de las cuales se les provee de habitación, de pan, medicinas y otros alimentos, y todo esto, en fin, con el mantenimiento, guarda y culto de más de cuarenta y seis Santuarios, sin contar las siete hospederías que hay para recibir

los peregrinos; y además las oficinas que hay en el convento de San Salvador para la enseñanza de los huérfanos y pobres de la nación, como son: carpintería, imprenta, herrería, molinería, zapatería, marmolería, organería, sastrería y otros.

II

Necesidades.—Siendo, pues, la Santa Custodia fundada, como hemos dicho poco antes, por el Padre de los pobres, San Francisco de Asís, era necesario que careciera de rentas y de posesiones fructíferas, y que estuviera solamente confiada á la Divina Providencia, la cual mueve los corazones de los fieles católicos para socorrerla; pues con ella sola ha podido permanecer por espacio de más de seis siglos en la guarda de los Santuarios y en la conversión de infieles, herejes y cismáticos.

Ahora, pues, para poder continuar con lo que desde tantos siglos viene obrando, y aun para fabricar algunas capillas en la Misión de Cilicia, la que cada día va progresando más y más en catolicismo; como también las iglesias de Rama de Palestina, la antigua Arimatea, que está amenazando ruina, tiene también que cubrir los gastos para la adquisición de algunos Santuarios y que están aún sin capilla, como son Cafarnaún, la casa de los Santos Joaquín y Ana, junto á Nazaret, la antigua iglesia de Emaús, idem de la flagelación, idem de Jericó, y de algunos otros por los que se está gestionando y que la prudencia no nos permite todavía especificar.

III

Ventajas espirituales.—Si bien la limosna que pide de los fieles la Custodia franciscana de Tierra Santa es grande, no son menores, sin embargo, las ventajas espirituales que el Señor distribuye por su medio á sus piadosos bienhechores. Estos son tales, que en realidad puede asegurarse que el reconocimiento á la recompensa sobrepuja al beneficio. En efecto, la Custodia franciscana celebra todos los años, sólo en la ciudad de Jerusalén y en sus incomparables Santuarios más de diez mil Misas, cuya mayor parte son aplicadas por sus bienhechores. Todas las Misas cantadas, «con muy raras excepciones,» tanto en los días festivos como feriales, que se celebran solemnemente en el Santísimo Sepulcro y en los demás Santuarios é iglesias de la Tierra Santa, son aplicadas por los bienhechores.

De la cuenta de Misas celebradas en toda la Custodia franciscana en el año 1892, resulta que el número total de Misas aplicadas exclusivamente por los bienhechores, asciende á diecisiete mil novecientos once, comprendiendo en este número las aplicadas particularmente por los reyes y príncipes cristianos vivos y difuntos, que son sus primeros bienhechores. Por cada uno de éstos, empezando por el Romano Pontífice, se aplica una Misa rezada un día de la semana en cada uno de los principales Santuarios, á saber: Santísimo Sepulcro, Santo Monte Calvario, Belén, San Juan Bautista y Nazaret, y una cantada al año con toda solemnidad en el día respectivo del Santo ó cumpleaños de cada uno. Otras doce mil se aplican también todos los años por hermanos y fieles difuntos, y otras ocho mil

con intención libre; todas las cuales puede decirse que, salvo muy raras excepciones, vienen á redundar en beneficio espiritual de nuestros caritativos bienhechores. Resultando de lo dicho, que unas treinta y ocho mil Misas vienen á aplicarse todos los años en toda la Custodia franciscana por sus bienhechores, la mayor parte de las cuales son celebradas en los Santuarios principales de la cristiandad, como son el Santísimo Sepulcro, Santo Monte Calvario, Santo Pesebre, Getsemaní, San Juan Bautista, Anunciación, etc., etc.

Ellos participan igualmente de las oraciones, ejercicios espirituales, y tantas otras obras de piedad y de devoción que se practican todos los días en nuestros conventos, parroquias y escuelas.

Finalmente, la Santa Custodia franciscana tiene en el cielo como intercesores por todos los que la ayudan con sus limosnas, sin contar un gran número de siervos de Dios que murieron en opinión de santidad, sobre dos mil mártires de la fe que cayeron en otros tiempos bajo la cimitarra de los musulmanes é infieles, y más de seis mil mártires de la caridad que perecieron víctimas de la peste y otras epidemias.

Tal es, en resumen, la custodia franciscana de Tierra Santa, la que por su origen, por su perseverancia, sus obras, sus Mártires, sus Santuarios y sus ventajas espirituales ha sido y es en la Iglesia de Dios una Misión aparte, única, y que no tiene necesidad más que de ser bien conocida para atraerse las simpatías de todos los verdaderos católicos, cuyo corazón late y latirá siempre al solo nombre de Jerusalén y de Tierra Santa.

¡Ah! ¡díguese el Señor hacer comprender á todos los piadosos fieles que aman la Tierra Santa y sus Santuarios cuánto le será á El agradable y cuán rico el tesoro de bienes espirituales de que ellos se harán partícipes con el concurso generoso de su caridad!

He aquí en resumen los datos que nos suministra el documento que se nos envía desde Jerusalén por los beneméritos Religiosos Franciscanos que desempeñan con honor y á costa de toda abnegación y sacrificios la Custodia de los Santos Lugares.

Ellos nos representan en esa obra de amor filial y de honor cristiano al cuidar de esos grandes y augustos monumentos del cristianismo. Ellos son pobres y humildes Religiosos; tienen, por tanto, derecho de esperar de nuestra generosidad cristiana el óbolo de la limosna con que sustentar esa Misión gloriosa ante Dios y los hombres...

LA IGLESIA Y LOS BÁRBAROS

CREEMOS que será grato á nuestros lectores, dice un periódico americano, tener alguna noticia de lo que hace la Iglesia católica, por medio de sus misioneros, en los países infieles ó salvajes.

Incesantemente salen de Europa, sobre todo de Francia, abnegados sacerdotes para llevar la luz de la Religión á pueblos sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y con ella la verdadera civiliza-

ción. Aun naciones que se creen civilizadas, como la China (pero cuyas costumbres atestiguan una refinada crueldad y suma barbarie, pues que allí el infanticidio es crimen usual y se mira con la mayor indiferencia), reciben de los misioneros el inestimable beneficio de la genuina civilización, que es la cristiana. El Divino Salvador dijo á sus discípulos: «Id, y enseñad á todas las gentes. Predicad el Evangelio á toda criatura.» En cumplimiento de esta orden, no ha cesado nunca la Iglesia, á quien el Señor encargó el gobierno de su grey, de enviar sacerdotes á las diferentes partes del mundo para enseñar á sus habitantes, sumidos en el Paganismo, la verdadera sabiduría que nos trajo del cielo el Hijo de Dios.

Nuestra América debe á la Religión su actual estado de cultura. A sus habitantes indígenas se les quiso negar, por algunos, en tiempos anteriores, su calidad de seres racionales; y fué necesario que el Jefe de la Iglesia ordenara que se les tratase como á hombres (no como animales) y se les enseñase la doctrina cristiana. El Asia, el Africa y la Oceanía han recibido y continúan recibiendo la semilla de la civilización, esparcida en sus diversas comarcas por los ministros de Jesucristo. Nos haríamos interminables si quisiéramos hablar de todos los trabajos de los misioneros para sacar á los pueblos de su salvajismo. Por tanto, nos ceñiremos á citar algunos párrafos de una carta referente á una Misión de Africa.

El Rdo. P. Mevel escribía el año pasado (1893) al señor obispo Courmont, vicario apostólico del Zanguebar Septentrional, lo siguiente:

«Gozoso me complazco en daros cuenta de los comienzos de mi ministerio. Si algunos consuelos ofrece, también tiene sus contratiempos y sus desilusiones. Si queremos hacer algún bien en este extenso país, cuyo suelo parece á primera vista tan ingrato, hay que aceptar, con igual humor, las alegrías y las penas. Cuando el misionero haya removido esta tierra tan inculta, entonces la cosecha espiritual que recoja le resarcirá de sus penosos sacrificios.

«¿Cuántas veces he trepado por todas estas montañas, recorriendo poblados, visitando numerosas chozas, y todo sin resultado alguno! He conocido algunos ancianos raquíticos, tan apegados á la vida, como cerca

tienen la muerte, que fijan su vista con ardor en cuentas, abalorios y piezas de tela para componerse y pintipararse. Les hablo de religión, y vuelven la cabeza, ó me interrumpen para hablarme de cabras, carneros y gallinas. La dicha del cielo la ceden de buena gana á otras dichas; para ellos, la suprema felicidad sería el vivir siempre en esta tierra. Por eso, no queriendo morir, tampoco quieren prepararse á ello. Estos salvajes son lógicos, y van á su objeto, reclamándome el remedio que les lleve á la inmortalidad. El pobre misionero tiene que sufrir más de una decepción.

«Hace poco me hallé frente á un anciano hidrópico que vino á consultar mi ciencia médica, después de haber apurado el arte y la magia de todos los brujos.

«—Tendrás una fortuna si consigues curarme, dijo.

«En efecto, es rico; tiene numerosos esclavos, vacas, carneros, cabras, una legión de gatos (muy apreciados en el país), y tantas chozas que con ellas podría formar un pueblo.

«—¡Sálvame, exclamó el enfermo; quieren matarme, estoy embrujado!

«—No, hombre, le contesté; te haces ilusiones, nadie piensa en hacerte morir; no obstante, como amigo, debo declararte que la muerte se acerca; y si no puedo salvar tu cuerpo, quiero al menos salvar tu alma.

«—Deja el alma, interrumpe el anciano; salva el cuerpo; es cuanto deseo.

«De repente el pobre hombre se deja caer bruscamente en su lecho, ocultando su demacrado rostro entre sus descarnadas manos, y dando



TAHITI (Oceanía).—Tahitiano cargado con el fruto llamado *musa frey*. (Pág. 214)

las más evidentes señales de terror.

«—¿Qué tienes? le pregunté.

«—¿No has oído?

«—¿Pero qué?

«Y con voz apagada murmuró:

«—Ha vuelto á dar gemidos. En verdad estoy perdido.

«Yo no comprendía nada de lo que me decía, y miré á una de las mujeres de mi salvaje, que hasta entonces había permanecido silenciosa cerca de mí.

«—Hace tres días, me dijo, un pájaro con cresta y plumaje pardo vino á posarse en el árbol sagrado; y desde allí lanzó siniestros graznidos. Escucha con atención, y los oirás también.

«Salí de la choza, esperando ver y oír el ave agorera.

En efecto, oí un ruido de alas que batían, y vi un pájaro que desaparecía en la selva vecina. Volví cerca de mi enfermo para sosegarle. Ya estaba alegre y contento, como si se le hubiese quitado de encima una pesada carga que amenazaba aplastarle.

«—¡Mientras no vuelva!... exclamó suspirando.

«—No volverá ya el espíritu del mal, contesté; porque Dios se opondrá á ello. Dios misericordioso te ama mucho; y tú ¿le amas también?

«El moribundo volvió la cabeza, y repuso en tono desabrido:

«—No me hables de esas cosas, porque me harías pensar en la muerte; y si en ella pienso, de seguro que me muero.

«Me fué preciso hablar de otras cosas; de todo, menos de lo que me proponía al acudir á su lado, con el sentimiento de no haber podido hacer penetrar en su alma la luz de la verdad.

«Al día siguiente volví á verle. Al momento no cesó de rogarme le librase de la muerte. Su estado empeoraba; sus ojos empañados vagaban sin energía y sin fijarse en ninguna parte; su boca entreabierta daba paso á un aliento fétido. Lleno de compasión, pensando en su alma que quizás iba á ser presa de Satán, me acerqué á él y le hablé de las verdades de nuestra fe. Al punto fuí bruscamente interrumpido: un ser extraño apareció de pronto en la choza... Era un hombrecillo de cara antipática y altanera, vestido con una piel de leopardo, y en la cabeza un rabo de vaca, todo su cuerpo estaba cubierto de dijes misteriosos. Era un brujo: éste, al verme, se detuvo con semblante desconcertado. Mi presencia le repugnó, como á mí la suya. Repuesto el brujo, se dirigió con ademán soberbio hacia el moribundo, sin hacer caso de mí, y le anunció que el sacrificio solicitado se había cumplido; pero que Mizimu no había quedado satisfecho, y seguía expresando su descontento en el hueco de su árbol.

«Llevado de la curiosidad de saber qué sacrificio acababa de cumplirse, y dónde estaba la morada de Mizimu, aparenté que esta escena trágico-burlesca me interesaba en extremo.

«—Llévame al lugar del sacrificio, dije al brujo.

«Este consintió en ello. En marcha, pronto entramos en una selva espesa; acá y allá veía pedazos de vasijas ordinarias, lo que denotaba que me hallaba en un cementerio. Por fin, llegamos al pie de un corpulento baobab. Al rededor de su enorme tronco se ven evidentes señales de sangre; á pocos pasos de ahí, una hoguera casi apagada; los bofes de un animal semi-asados yacen bajo una choza-fetique; más allá, por el suelo, sobre la fresca hierba recién cortada, se ven los restos de la víctima inmolada.

«El brujo me enseña los nervios de aquélla, que cuenta y recuenta para obtener siempre números impares. Luego me llevó al baobab, y me dijo que aplicara el oído al tronco, á fin de oír la voz iracunda de Mizimu, sin poder lograr que se aplace. Escuché con atención, pero nada oí. Iba ya á reírme, cuando un ruido extraño pareció agitar el corazón del árbol. Retrocedí instintivamente; un escalofrío circuló por todo mi cuerpo. «¿Estaré ante un verdadero brujo en contacto con el diablo?» me dije. Pero, dominando el primer movi-

miento, traté de darme cuenta del fenómeno: di vueltas al rededor del árbol, procurando encontrar una rendija que me permitiera ver el interior misterioso. Entre tanto, el brujo examinó otra vez las entrañas de la cabra, ocupándose poco de mi persona.

«Por fin, después de mil vueltas descubrí una pequeña abertura en la corteza del baobab; asomo la cabeza, y ¿qué veo? ¡Un Mizimu inofensivo, un enorme murciélago, que el fuego del sacrificio había turbado en su apacible sueño! El animal, asustado, deslumbrado por la viva claridad, no encuentra la salida de su solitario retiro, y se aturde revoloteando en todos sentidos.

«—Quita el fuego! grité al brujo.

«Quitado aquél, se sosegó el Mizimu. Entonces el brujo se apresuró á coger toda la carne de la cabra sacrificada, la envolvió en su piel de leopardo, sin exceptuar los bofes, que eran la parte del espíritu, y corrió á anunciar esta buena noticia al enfermo. Aquel día quedaría bien hartó á costa del Mizimu.

«Yo quedé al lado del moribundo. Este me dió las gracias por haber hecho callar al espíritu, y me suplicó de nuevo que le curase. Era el momento de hacer una nueva prueba. Le hablé abiertamente de las principales verdades de la fe; el enfermo, en lugar de volver la cabeza, me escuchó atentamente. Al verle tan bien dispuesto, le dije:

«—¿No deseas recibir el bautismo?

«—Mañana, mañana, me contestó.

«Le dejé, y le prometí volver.

«En efecto, volví; pero ¡ay! ¡la choza estaba vacía, el pueblo abandonado! Se llevaron al hombre durante la noche, á uno de los antros solitarios de la montaña, bajo la guardia del brujo y de sus mujeres que le cuidaban. ¿Cómo poder alcanzarle? No he oído hablar más de él; y cuando pido noticias suyas sólo me dan respuestas evasivas, que demuestran la resolución de ocultar su retiro.

«Ved, entre tantas otras, una de las más crueles decepciones del misionero, que, devorado por el celo, va á tener una miserable existencia en medio de un mundo indiferente; ó más bien, es una de esas estratagemas del ángel caído, que, viendo en peligro su dominio, se apodera otra vez de una alma que el misionero creía ya poder salvar de sus garras.»

CRÓNICA

España.—El Exmo. é Ilmo. P. Francisco Saenz de Urturi, cuyo retrato damos en la página 193, es actualmente dignísimo obispo de Badajoz y acaba de ser presentado para el arzobispado de Santiago de Cuba. Nació en 1842 en Arlucea (Vascongadas), y en 1860 vistió el santo hábito de la Orden Franciscana en Bermeo, donde el año siguiente hizo su profesión.

Cursada la sagrada teología con mucho aprovechamiento, le encargaron los Superiores la cátedra de filosofía, y un año después la de sagrada teología, que desempeñó con grande utilidad de sus discípulos, entre los cuales se cuentan los Padres más beneméritos que hoy tiene la Provincia de Cantabria.

En 1871 se embarcó para las Misiones de Ultramar, dirigiéndose al Colegio de Sucre (Bolivia), en donde continuó desempeñando la cátedra de sagrada teología, no olvidando, sin embargo, el

ejercicio de la predicación, consagrándose con apostólico celo, y siempre que se lo permitían sus tareas literarias, á evangelizar los pueblos salvajes errantes en los incultos bosques de aquel extenso territorio, sufriendo las inclemencias del tiempo, y repartiendo su pobre alimento entre aquellos infelices.

En 1876 fué nombrado comisario de Tierra Santa en Bolivia, cargo que desempeñó con notable acierto y utilidad de los Santos Lugares, lo mismo que el de visitador general, presidente de Capítulo en varios conventos, y otras misiones que recibió de los Prelados de la Orden. No sólo éstos sino también los señores Obispos utilizaron sus servicios en muchas ocasiones; el Arzobispo de la Plata le obtuvo el nombramiento de delegado apostólico, para que en su nombre girase la visita pastoral á muchos pueblos de su dilata diócesis. Durante sus excursiones administró el Sacramento de la Confirmación á más de veinte mil personas.

Distínguese el P. Saenz no sólo por sus indisputables dotes de gobierno, sino también por sus profundos conocimientos en todos los ramos del saber, sobre todo en las ciencias eclesiásticas. En América era uno de los principales redactores de *El Cruzado*, Revista que publicaban sus Religiosos en Sucre; y en España, á pesar de las muchas ocupaciones que pesaban sobre su persona, pudo escribir una *Reseña histórica de los Mártires de Damasco*, que le mereció el que la Real Academia de la Historia le nombrase su miembro correspondiente.

Cabo de Buena Esperanza (Africa).—Las Religiosas Dominicas de los conventos de Santa Ursula en Haubspausg y del Santísimo Rosario de Wetenhausen, alemanas casi todas, se muestran admirables como civilizadoras de aquellos desgraciados seres humanos que habitan la Hotentocia y Cafrería.

Las dos casas principales son las de East-London y Kuig-Williams-Town en las que reciben educación los niños y huérfanos desamparados, y en el que muchos han recibido el santo bautismo. Las Autoridades de la colonia inglesa han hecho de las Religiosas los más favorables elogios; y no puede ser otra cosa si se atiende que alguna de ellas, como la Madre M.^a Mauricia, enseña á los jóvenes los oficios mecánicos de zapatero, sastre, etc., que ellos jamás conocieran. Además de los establecimientos de el Cabo, tienen otros en las Misiones del Zambeza, en Salisbury y Victoria, en cuyos puntos reciben enfermos de los que cuidan con esmero.

Tahiti.—El Rdo. P. Miguel Bechu refiere en los siguientes términos su visita á Tubnai, al dirigirse desde Tahiti á las islas Gambier:

«El 12 de Noviembre llegué á la vista de Tubnai, y en nombre del Señor saludé esa tierra que no había oído aún nuestra voz. Con mis siete catequistas pomotús canté algunos himnos.

«En tierra fuimos recibidos con inequívocas muestras de simpatía por la población, que parece muy pacífica.

«El jefe es un antiguo discípulo de los Hermanos de Ploermel, de Taihiti. En nombre propio y de su familia pidió un misionero católico, prometiendo asistirle. El Protestantismo y el Mormonismo dominan entre los cuatrocientos habitantes de este lugar.

«El aspecto de la isla difiere del de Tahiti: la vegetación es menos exuberante, y mas escasos los comestibles.

«El 17 desembarqué en Raivaevae, isla hermana de Tubnai, cuya población, de solas trescientas, almas es también protestante.

«Al oír cantar á mis jóvenes catequistas el jefe, llamado Tehu, también antiguo discípulo de los Hermanos de Ploermel, se desbizo en alabanzas de los misioneros católicos, y me comunicó que se proponía reiterar sus instancias cerca del ilustrísimo Prelado para obtener un misionero.»

Al tener noticia de estas buenas disposiciones, el Ilmo. Verdier no pudo menos de dar gracias á Dios, y propónese hacer un viaje de exploración á los archipiélagos de Cook (siete islas) y de Tubnai (cinco islas), recomendado á las oraciones de los asociados de la Propagación de la Fe la conversión de aquellos insulares.

El Ilmo. Verdier, que se ha dignado enviarnos dos fotografías de tipos tahitianos, que reproducimos en las págs. 205 y 212, nació en Châteauneuf, diócesis de Mende, el 23 de Marzo de 1835;

ingresó muy pronto en la Congregación de los Sagrados Corazones de Piepus, y partió para las Misiones de Oceanía. En 1882 el Ilmo. Janssen lo pidió por coadjutor con futura sucesión, y desde la muerte del venerable decano del Episcopado oceánico (9 de Septiembre de 1891), el Ilmo. Verdier es el jefe espiritual del archipiélago tahitiano y de las islas que de él dependen.

Noticias varias.—Uno de los peregrinos que han visitado recientemente la Gruta de Nuestra Señora de Lourdes, ha sido nada menos que un oficial del ejército del Shah de Persia. Lo ha llevado allá el deseo de cumplir con una promesa que había hecho á la Virgen sin mancha. Cuando el cólera hacía los mayores estragos en la ciudad de Teheran, ese mahometano se comprometió á visitar en Lourdes «á la Virgen de los cristianos», caso que ningún miembro de su familia sucumbiese víctima del azote asolador. Así, en efecto, sucedió; y el oficial musulmán, agradecido, ha ido á postrarse á los pies de «la Virgen de los cristianos» venerada en Lourdes.

—Pronto se erigirá en Lovaina una estatua al Apóstol de los leprosos de Sandwich, P. Damián; pero antes de la inauguración oficial, se expondrá al público esta obra de arte en la Exposición de Amberes.

—El P. Miguel Sanefra, S. J., director del Observatorio meteorológico y magnético de China y Japón, escribe desde Nagasaki al P. Algué:

«Hoy, octava de los santos Mártires japoneses, tuve el consuelo de visitar la ciudad en que fueron martirizados y la montaña de su crucifixión. Dios Nuestro Señor me conceda su espíritu apostólico. Después de permanecer doce días en Pekín, visité Yokohama, Nagoya, Kioto, Kobe y Osaka, haciendo observaciones magnéticas en estas ciudades. En el Japón no faltan cosas interesantes y dignas de profundo estudio. Tonkin tiene espléndida Universidad con muchas casas construidas á la usanza de Europa y el Museo Mern, llamado en inglés *Educational Museum*, muy notable por los rosarios, cruces, pinturas y otros objetos que pertenecieron á los primeros cristianos. Visité el Observatorio astronómico, que es pobre: el meteorológico tiene muchos instrumentos, pero mal ordenados.»

VARIEDADES

UN ANCIANO MISIONERO DE ANAM

DESPUÉS de algunas semanas de navegación nuestro buque, un pesado acorazado, tomaba su puesto en el bloqueo que se hacía al siniestro país amarillo del Extremo Oriente.

Montañas de frondosísima vegetación, ó arrozales que parecían llanuras tapizadas de césped, nos comunicaban apenas con la tierra vecina. Los habitantes de las aldeas y de los bosques se hallaban en sus casas desconfiados ú hostiles. Un calor sofocante se desprendía sobre nosotros de un cielo casi siempre gris, velado continuamente por nubes plumizas.

Una mañana, durante mi guardia, el timonero que estaba en turno me dijo:

—Mi capitán, del fondo de la bahía viene una canoa que parece dirigirse hacia nosotros.

—¡Ah! ¿y quién viene en ella? le pregunté.

Indeciso, antes de responderme, miró de nuevo el mar con su antejojo.

—Capitán... parece un bonzo, un chino... yo no sé qué... el que viene sentado en la popa.

Sin prisa, sin ruido, avanzó la canoa sobre el agua

inerte y cálida. Una doncella de rostro amarillo, vestida con una túnica negra, remaba para traernos este raro visitante, que llevaba el vestido, el tocado y los redondos lentes de los bonzos de Anam; pero que tenía barba y una sorprendente figura no asiática.

Subió á bordo, vino á saludarme en francés, y con voz tímida y dificultosa:

—Yo soy misionero, me dijo. Nací en Lorena; pero hace más de treinta años que vivo en una aldea que está á seis horas de aquí, y en donde todo el mundo se ha convertido al Cristianismo. Yo quiero hablar con el comandante para pedirle socorro. Los rebeldes nos han amenazado y se hallan ya cerca de nosotros; todos mis feligreses serán asesinados si no se nos da prontamente socorro.

¡Ay! El comandante se vió imposibilitado de prestarlo. Todos los hombres y los fusiles que había á bordo fueron enviados días antes á otra región, y en aquel momento sólo tenía el navío los hombres necesarios para el servicio: verdaderamente, nada podíamos hacer por estos pobres «feligreses» de aldea, y era necesario abandonarlos como cosa perdida.

Entre tanto llegaba la hora sofocante del medio día, que hace languidecer las fuerzas. La canoa y la doncella habían vuelto á tierra y acababan de desaparecer entre la vegetación de la playa; el misionero se quedó con nosotros, naturalmente un poco pensativo, pero sin hacer recriminaciones.

Durante la comida no habló mucho. Se había identificado de tal manera con el idioma y costumbres de los anamitas, que casi era imposible conversar con él. Sólo se animó, después del café, cuando aparecieron los cigarros, y pidió tabaco francés para llenar su pipa.

—Desde hace veinte años, dijo, no gozo de igual placer.

Después, excusándose con el largo camino que acababa de hacer, se durmió sobre las almohadas.

Y decir que sin duda íbamos á tener este huésped que el cielo nos enviaba con nosotros varios meses hasta que fuera repatriado. Sin entusiasmo, lo confieso, uno de los nuestros vino á anunciarle de parte del comandante:

—Padre, se ha preparado un camarote para V. Seguramente permanecerá con nosotros hasta el día en que podamos dejar á V. en lugar seguro.

Parece que él no entendió lo que se le decía.

—Pero... yo espero, dijo, que caiga la tarde para pedir á Vds. un bote y suplicarles me conduzcan á tierra. Antes de que venga la noche, creo que me podrán llevar á tierra, por lo menos. ¿No es así? replicó con inquietud.

—¡A tierra! y ¿qué va V. á hacer allá?

—Volveré á mi aldea, dijo él con una sencillez sublime. ¡Ah! ¡Ustedes comprenden que yo no puedo quedarme á dormir aquí! ¡Si esta noche fuese el ataque!

La figura de aquel hombre se agigantaba ante nuestro espíritu á cada palabra que pronunciaba, y comenzamos á ver con admiración á aquel sacerdote de aspecto tan vulgar.

—Pero es que V. será el más atormentado de todos, Padre.

—¡Oh! es probable que así suceda, respondió tranquilo y con el acento encantador de un mártir.

Diez de sus parroquianos le esperaban en la playa al ponerse el sol: todos juntos volverían por la noche á la aldea amenazada, y se entregarían á la voluntad de Dios.

Y como se le compelia á que se quedara con nosotros, porque el volver á la playa era correr á la muerte, á la muerte atroz que los chinos le darían, se obstinó en ir, su decisión fué inquebrantable, y sin exaltarse y sin cólera, dijo:

—Yo los he convertido, y ¿quieren Vds. que los abandone cuando se les persigue por su fe? ¡Compréndase bien que son mis hijos!

Con grande emoción el oficial de guardia mandó preparar un bote para llevarlo á la playa, y fuimos todos á estrechar su mano cuando partió. Con tranquilidad inalterable nos confió una carta para un antiguo pariente de Lorena, y se marchó.

Y mientras el sol se ocultaba, nosotros permanecíamos sobre cubierta, silenciosos, viendo alejarse la silueta de aquel apóstol, que marchaba tranquilamente á un martirio tan obscuro.

Nosotros nos hicimos á la vela la semana siguiente, y no volvimos á oír hablar de él, y yo por mi parte creo que jamás hubiera vuelto á recordarlo, si Mons. Morel no me hubiera suplicado que escribiera *Una historia de un misionero*.

BARBARIE EN PAÍS «CIVILIZADO»

Los periódicos tanto de Inglaterra como de los Estados Unidos, han venido ocupándose estos pasados días de un suceso á que han dado las proporciones de un gran acontecimiento nacional. Tratábase del combate de Jacksonville entre el campeón inglés y el campeón americano del *noble arte* de boxear, vulgo, pelear á trompada limpia.

Cuarenta telegrafistas han estado transmitiendo á todos los ámbitos del mundo en que se habla la lengua inglesa los preparativos y las peripecias de la lucha. En pocos días tres millones de palabras han sido enviadas por los hilos eléctricos, tratando exclusivamente del gran acontecimiento. El *New York Herald* tenía un tren con la máquina encendida para llevarle las primeras noticias. El *Evening Telegram* unió su Redacción al lugar del combate por medio de un hilo.

Delante del Duval Club, organizador del match, la muchedumbre se ha estado batiendo día y noche para obtener billete de entrada; éstos costaban treinta y cinco duros cada uno. Los hoteles estaban llenos de gente. La noche antes del encuentro de los boxeadores, el club no se cerró con objeto de dar hospitalidad á los centenares de *sportman* distinguidos que no querían acostarse por temor de llegar tarde á la pista, y que pasaron la noche bebiendo.

Por la mañana hubo necesidad de establecer patrullas de tropa que reforzaran á la policía en el camino

desde el club á la pista; los *sportingmen*, borrachos, no hacían más que pelearse é insultar á los agentes de la Autoridad. La población entera parecía ebria. Sin embargo, cosa rara, aquella muchedumbre tan turbulenta y salvaje fuera, enmudecía al entrar en el circo, y guardaba dentro de él tanta compostura como si fuere á asistir á una ceremonia religiosa.

Aclamaciones inmensas anuncian la llegada de los campeones. Corbett el americano entra el primero; es el favorito de las apuestas, y parece muy confiado. Mitchell, el inglés, llega poco después, y es recibido con vivas no menos intensos y prolongados. Los dos boxeadores se miran y se saludan con inclinación de cabeza y con una sonrisa sarcástica.

La muchedumbre, entre tanto, se impacienta y grita: *Time! Time!* («¡Ya es hora!») El árbitro invita á los campeones á que se den la mano, sepáralos luego, y da la señal.

Al primer encuentro Corbett recibe dos tremendos trompazos en la barba y en la nuca; Mitchell uno en un costado y otro que medió le deshace el ojo izquierdo, amén de una porción de golpes de menor gravedad que mutuamente se propinan.

En el segundo encuentro Mitchell recibe otro golpe en un ojo y Corbett otro en un costado. Luego se agarran los dos campeones, luchan cuerpo á cuerpo y la victoria se muestra indecisa. Pero Mitchell cae al fin, y al pretender levantarse le deja tendido su rival de un horrible trompazo en la cara.

El inglés se repone y pide que continúe el combate. Está ya debilitado, y su adversario le persigue encarnizadamente, asestándole golpe sobre golpe: su garganta, su pecho y su cara son una llaga de la que brota sangre en abundancia. Por último el americano vuelve á derribarle, trata de incorporarse Mitchell, y Corbett le hunde materialmente de un puñetazo en la cara; aun se esfuerza el inglés por levantarse, pero su feroz enemigo le remata de un trompazo que le deshace la quijada, y le tumba boca abajo en el suelo.

El público aclama delirante al vencedor, á quien el árbitro entrega el premio de veinte mil duros en medio de una tempestad de vivas, mientras los amigos del vencido recogen á éste en bastante mal estado.

A su llegada á Nueva York, Corbett es objeto de entusiasmas ovaciones; la multitud le sigue á todas partes aclamándole, y el boxeador se ve obligado á *dirigir la palabra* (!!!) á la muchedumbre, anunciándole que piensa ir á Inglaterra á desafiar á los ingleses en su propio país. Este discurso lleva al delirio el entusiasmo del pueblo, que considera á Corbett como una gran gloria nacional después de su victoria.

Tal es, sin la menor exageración, lo ocurrido estos días en el país que va á la cabeza de lo que hoy se dice progreso y civilización.

Pero un país donde se toleran, donde se consienten, se sancionan y aplauden espectáculos tan inhumanos y bárbaros, sanguinarios y salvajes, ¿puede llevar el dictado de país civilizado?

Si alguna duda pudiéramos tener de que la civilización es algo más grande que los caminos de hierro y los buques blindados, las máquinas y la industria, los telégrafos y los teléfonos, el vapor y la electricidad; que

puede tenerse todo eso en que están representados los progresos de las artes y la industria, y permanecer no obstante en la barbarie, acaba de confirmárnoslo el combate de Jacksonville, en donde inmensas muchedumbres han presenciado, aplaudiéndolas con frenesí, escenas propias de los pueblos más bárbaros.

Y es que cuando no se procura la cultura de los corazones y la elevación de las almas; cuando no se forma la vida en esas fases superiores que miran al cielo y aspiran á lo infinito; cuando falta la elevación del sentido moral, progresa la materia, pero el hombre queda estacionado y permanece en la barbarie.

TATSIENTLU, CAPITAL DEL PRINCIPADO TIBETANO DE GUIALA

El Ilmo. Félix Biet, obispo de Diana, vicario apostólico del Tibet, nos comunica lo siguiente sobre la gran ciudad comercial, centro y residencia episcopal de la Misión del Tibet:

«Muchos escritores identifican el Tibet y el reino de Lhasa, lo que es un error. Este reino comprende una tercera parte de los países tibetanos: los dos tercios de estas vastas regiones están divididos en principados, independientes de Lhasa, pero dependientes de China. Estos principados tibetanos tienen á su frente, si son de poca importancia, *debas* ó gobernadores, mientras los más considerables son gobernados por guelpes ó reyes.

Tatsienlu es la capital del principado tibetano de Guiala, llamándose su jefe Guiala Guielp ó rey de Guiala.

El verdadero nombre tibetano de Tatsienlu es Tart-sedo, que significa: confluente del Tar y del Tse, pues como se ve en el grabado de la pág. 201, el torrente Tar que atraviesa la ciudad se une en el extremo de ella al torrente Tse, que corre al Norte cerca del colegio, formando ambos reunidos el torrente de Vate, que entra en China.

La ciudad está construida en un angosto desfiladero que le priva de los bienhechores rayos del sol, y en efecto es fría y malsana, rodeada de escarpados montes. Geográfica y comercialmente considerada, su situación es excelente para ser una ciudad de primer orden por la importancia de su aduana y su comercio de cambio entre los productos del Tibet y de la China. En efecto es una ciudad mixta, pues los comerciantes chinos no suben más arriba, ni los tibetanos descienden más abajo: allí es donde las dos razas se encuentran.

La población fija se calcula asciende á quince mil almas, á las que hay que añadir unas diez mil de población flotante. Como el país nada produce, y los consumidores son muchos, el precio de los comestibles es exagerado.

Atendida su importancia, Tatsienlu ha sido escogida para centro del vicariato apostólico: allí reside el jefe de la Misión, y el Seminario cuenta ya numerosos alumnos indígenas, que serán un día las primicias del sacerdocio tibetano.